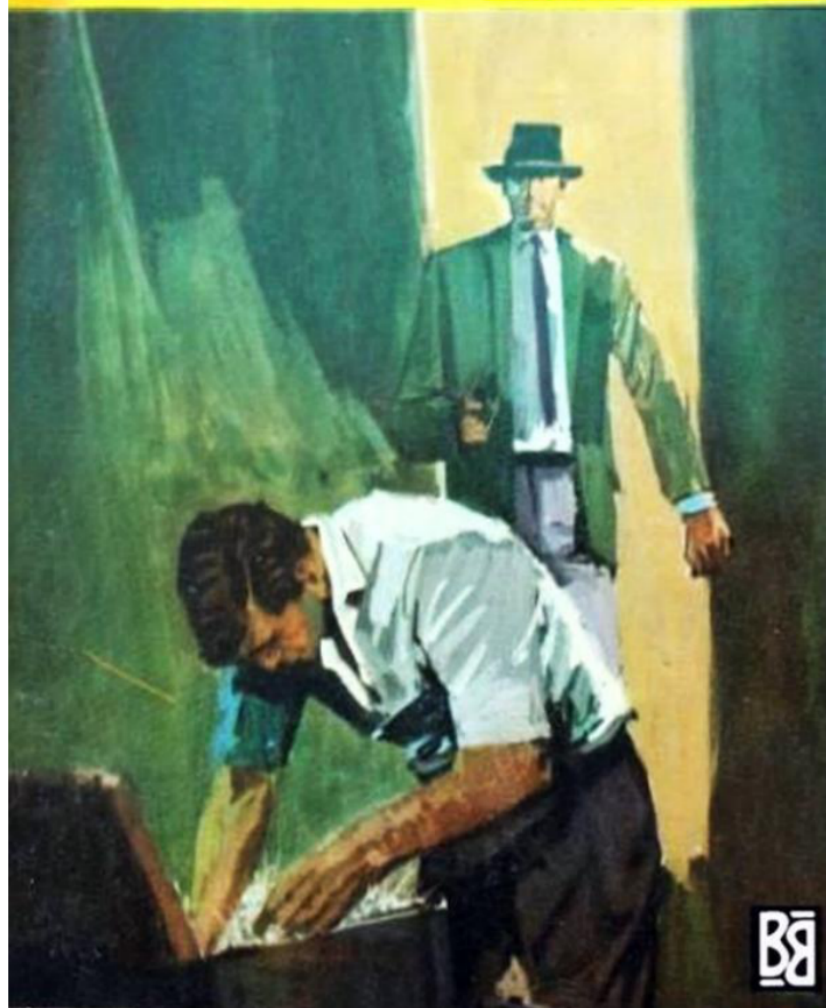


PUNTO
ROJO

diamantes en la noche

black moran



COLECCION

PUNTO ROJO





BLACK MORAN

DIAMANTES EN LA NOCHE

Colección PUNTO ROJO n.º 268

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO**

Depósito Legal B 13.667 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1967

© BLACK MORAN - 1967

sobre la parte literaria

© DESILO - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección ARCHIVO SECRETO:

151 — Destino Budapest

En Colección BRAVO OESTE:

327 — El oro y la muerte

En Colección SERVICIO SECRETO:

862 — Sangre en la Costa Azul

En Colección BUFALO:

694 — Ciudad trágica

En Colección KANSAS:

459 — Plomo para un traidor

CAPÍTULO PRIMERO

Mónica Halsey alargó su brazo derecho y aplastó el cigarrillo contra el pequeño cenicero que tenía en la mesilla.

Se volvió de medio lado en la cama y cogió, del suelo, su bolso. Lo abrió, buscando en su interior un nuevo paquete de tabaco. Sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

Estaba nerviosa. Sentía todo su cuerpo en tensión y aquella espera prolongada empezaba a resultarle angustiosa.

—Espero que Morton sea capaz de librarse de éstos... —murmuró, exhalando una bocanada de humo.

Lo había planeado todo, creía que a la perfección, y ahora el resultado final dependía de que Morton fuera capaz de desempeñar su papel. Sin embargo, no confiaba demasiado en el hombre.

Se secó el sudor con un fino pañuelo y se incorporó hasta quedar sentada en la cama. El sol, filtrándose a través de las rejillas de la persiana, regleteaba su bello cuerpo.

Hacía calor. Un calor sofocante en aquel reducido cuarto de hotel en donde había quedado citada con Morton. Ni siquiera el continuo girar del ventilador, conseguía aliviar un poco la sofocante atmósfera.

Mónica saltó de la cama y comenzó a pasear por el cuarto. Estaba descalza y vestida tan sólo con una combinación negra. Sus rubios cabellos, sueltos y lacios, caían en cascada sobre sus desnudos hombros.

Se detuvo un momento ante el espejo que había sobre la coqueta. Se miró en él durante unos segundos y se hizo a sí misma un gesto de aliento.

—¡Animo, pequeña! Lo conseguiremos... No volveremos a tener que aguantar a esos cerdos del «Trocadero» —se dijo.

En aquel momento, sonaron en la puerta de la habitación unos golpes nerviosos. Mónica corrió a abrir y antes de hacerlo,

preguntó:

—¿Quién es?

La voz que le llegó del otro lado de la hoja le hizo suspirar aliviada.

—Abre, Mónica... Soy yo...

La mujer descorrió el cerrojo y dejó franca la entrada a su compañero. Clavó sus ojos en él y preguntó:

—¿Los has traído?

Morton la miró con una sonrisa satisfecha. Había una luz de orgullo en sus ratoniles ojos. Colocó su manaza sobre la desnuda espalda de Mónica y dijo:

—¿Quién crees que es Morton? Eso era un juego de niños para mí... ¡Claro que los tengo en mi poder!

Ahora Mónica sonrió a su vez. Se separó de Morton y tomó su vestido de los pies de la cama.

—¡Magnífico, Morton! Sabía que no ibas a defraudarme... — empezó a hablar, mientras se vestía.

—Claro que no, linda... Ahora seremos ricos... ¡Tú y yo! — contestó el hombre, recorriendo lentamente con la mirada el escultural cuerpo femenino.

—Sí, tenemos toda la vida por delante... No nos faltará el dinero...

—Te compraré todas las pides que desees... Y viajaremos en clase de lujo a dónde tú quieras... ¿Estás contenta, Mónica? — preguntó Morton, acercándose a ella.

—Tú sabes que sí... —respondió en voz queda la mujer, mientras aplastaba su boca contra la de Morton.

Cuando sus labios se separaron, los dos se miraron sonrientes. Mónica se volvió de espaldas y dijo:

—¿Quieres subirme la cremallera?

—Con gusto, linda... Cualquier hombre se sentiría feliz de ser tu ayuda de cámara... —bromeó Morton, contento.

—¿Cómo fueron las cosas? ¿Tuviste alguna dificultad?

Morton movió la cabeza negativamente.

—Todo salió como lo planeamos... Les ofrecí café y en un descuido les eché en la taza los polvos que tú me diste... A los diez minutos, dormían como lirones...

—¿Tardaste mucho en abrir la caja? —volvió a preguntar la

mujer, en tanto guardaba sus pertenencias en un pequeño bolso de viaje.

—No, ya sabes que hay pocas combinaciones que se me resisten... Y la caja del jefe no iba a ser una excepción... ¡Fue un juego de niños! —Fanfarroneó Morton.

—Bien, creo que ya está todo... —dijo Mónica, echando un vistazo a su alrededor—. Podemos irnos cuando quieras...

—Nos conviene largarnos cuanto antes de aquí... Cuando Raymond descubra la jugarreta, saldrán en nuestra busca como perros rabiosos... ¡Necesitamos estar lejos!

Las últimas palabras de Morton trajeron como un presagio de peligro y amenaza al reducido cuarto de aquel discreto hotel.

—No pienses en eso... —le animó Mónica—. No conseguirán dar con nuestra pista...

—Confío en que sea cierto... Raymond no nos perdonará jamás lo que le hemos hecho...

—Olvídate de él... Ahora somos nosotros los que tenemos la mercancía...

Hizo una pausa y agregó:

—Enséñamela... He oído hablar tanto de ella que me parece haberla contemplado infinidad de veces... Pero siempre ha sido con la imaginación —terminó Mónica.

Morton se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó una pequeña carterilla de piel, semejante a una funda de gafas.

Corrió la cremallera y volcó el contenido sobre la palma de su mano.

En la penumbra de la habitación brillaron, como estrellas prisioneras, los diecisiete diamantes de la colección Libardi.

La boca de Mónica se entreabrió en un gesto de admiración.

—Son maravillosos... —murmuró en voz baja—. Jamás había contemplado algo tan bello...

Pero Morton apreciaba más el valor material de las piedras que su belleza.

—Lo importante es que tengo en la palma de la mano más de tres millones de dólares...

De nuevo los volvió a su funda y guardó ésta en el bolsillo. Tomó a Mónica de un brazo y se dirigió con ella hacia la puerta.

—Vámonos... Tengo el coche abajo y deseo poner la mayor

cantidad posible de millas entre Raymond y yo...

Mónica se dejó conducir por su compañero. Iba absorta aún en la belleza de los diecisiete diamantes rosas de la colección Libardi.

Cruzó como un autómatas el vestíbulo del modesto hotel donde había pasado las últimas horas y, atravesando la acera, subió al coche de Morton.

Sólo entonces volvió a la realidad.

—¿Dónde vamos? —preguntó Morton, poniendo el vehículo en marcha.

De nuevo volvía a ser Mónica el cerebro de la operación. Dejó que el coche avanzara unas yardas y se fundiera en el tráfico tumultuoso de la Payton Street.

—Saldremos de la ciudad por la carretera veintidós... —indicó a Morton.

—¿Y luego?

—Seguiremos hasta la bifurcación de Flatbush y haremos noche en un pequeño motel...

—De acuerdo, Mónica... —asintió Morton, sin perder de vista los coches que le precedían.

Rodaron en silencio durante todo el tiempo que tardaron en abandonar el centro de la ciudad. Cada uno iba ensimismado en sus propios pensamientos y solo, de vez en cuando, Morton dirigía fugaces miradas a su silenciosa compañera.

Una vez fuera del casco urbano, Morton imprimió mayor velocidad al coche, avanzando con rapidez por la carretera número 22.

—Me imagino lo que va a ser nuestra vida en adelante... Seré un hombre envidiado por todos... —empezó a decir.

Hizo una pausa, esperando que Mónica dijera algo, pero en vista de que seguía callada, añadió:

—Propietario de una fortuna y con una mujer tan bella como tú para gastarla... ¿Qué te parece el porvenir, linda?

Al tiempo de hacer la pregunta, apartó su mano derecha del volante y la colocó sobre las rodillas de la mujer. Ésta se volvió y le sonrió de forma enigmática.

Morton acarició la piel suave de las torneadas piernas femeninas, que la estrecha falda dejaba al descubierto hasta medio muslo, y exclamó:

—Seremos los amos del mundo... ¡Sonríe!

Mónica le obedeció, envolviéndole en una mirada, extraña. Sin duda, se encontraba muy lejos del mundo de Morton. Y desde luego, no compartía los proyectos de éste.

Cuando abrió la boca fue para decir:

—Pasado el puente hay un bello paisaje... Un acantilado, al fondo del cual el mar rompe con fuerza...

—No sabía que fueras tan amante de la naturaleza... —bromeó Morton.

—Hay muchas cosas que ignoras sobre mí... —respondió Mónica.

—No importa... Ya tendré tiempo de conocerte...

De nuevo, aquella sonrisa extraña apareció en el rostro femenino.

—A veces la vida resulta corta para llegar a conocer a fondo a las personas. Quizá sea ese tu caso...

Morton sonrió divertido ante el comentario de su pareja.

—Espero vivir lo suficiente como para llegar a conocerte... ¿Quieres que me detenga en ese acantilado? —preguntó complaciente.

Acababan de cruzar el puente y la carretera discurría ahora paralela a la costa. Mónica señaló una pequeña desviación de tierra y dijo:

—Métete por ahí... Pararemos al final...

Morton manejó el volante con cuidado, haciendo avanzar el coche a través del agreste camino. Al final de éste, el terreno se abría en una ancha explanada, especie de plataforma situada sobre el vacío.

—Humm... En verdad es un paisaje impresionante... —reconoció Morton, contemplando el precipicio que se abría unas yardas delante de ellos.

Mónica sonrió satisfecha. Abrió el bolso y sacó la cajetilla de tabaco, pero ésta se escurrió de su mano y cayó al suelo del coche.

—Deja... —dijo Morton, agachándose a recogerla.

Mónica aprovechó aquel instante para empujar con el pie la cajetilla bajo el asiento. Mientras Morton se arrodillaba para recogerla, sacó una pesada llave inglesa de su bolso.

En el momento en que el hombre encontraba el paquete de

tabaco, Mónica descargó un brutal golpe sobre su nuca.

Morton se desplomó como herido por un rayo. Aún le golpeó una vez más la cabeza con la pesada llave. No quería exponerse a sorpresas desagradables.

Cuando estuvo segura que Morton no volvería a levantarse, murmuró:

—Ves como tenía razón al decirte que no te daría tiempo a conocerme... La vida es, a veces, demasiado corta...

Dejó la llave ensangrentada en el fondo del coche y volvió el cuerpo de su compañero. Buscó en el bolsillo interior de la americana y tomó el pequeño estuche de piel que contenía los diecisiete diamantes.

—Hubiera sido una estupidez compartirlos contigo... —dijo, con la voz cargada de desprecio.

Metió la carterilla en su bolso y se corrió al asiento del conductor. Puso el coche en marcha y lo hizo avanzar hasta el borde del abismo.

Abrió la portezuela y arrojó su bolso al suelo. Luego, descendió del coche y le dejó avanzar el par de yardas escasas que le separaban del borde del precipicio.

Con una mirada de satisfacción, contempló como el vehículo avanzaba hasta el borde y se precipitaba, en un salto mortal, en el vacío.

Unos segundos después, llegaba hasta ella el ruido estridente del automóvil al chocar contra las rocas del fondo.

Sólo entonces se aproximó Mónica al borde y contempló el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Lo que momentos antes había sido un flamante coche, era ahora un montón de hierros y chapa retorcidos.

Casi al mismo tiempo, se sintió el estampido de una explosión y poco después los restos del automóvil de Morton eran víctima de las llamas.

Una humareda, negra y espesa, se elevó en la quietud de la tarde, como si quisiera envolver en su acre olor a la autora de aquella pira funeraria.

Sin embargo, Mónica Halsey, de veintisiete años de edad, bailarina de un club nocturno, no parecía impregnada lo más mínimo por el espectáculo que contemplaban sus ojos.

Para ella, el asesinato que acababa de cometer y el detalle de que el cuerpo de Morton se estuviera consumiendo en aquella hoguera, carecía por completo de importancia.

Era tan sólo un paso más en su carrera de mujer ambiciosa y sin escrúpulos.

Regresó al lugar donde había quedado su bolso y, tomando el estuche de las piedras preciosas, volcó su contenido en la palma de la mano.

El sol arrancó hirientes destellos de aquel montón de pequeñas piedras, cuyo valor superaba los tres millones de dólares.

—Vosotras y yo conseguiremos grandes cosas... De hoy en adelante seremos compañeras inseparables... —habló en voz baja, como si los diamantes pudieran entenderla.

Los puso de nuevo a su estuche y guardó éste en su bolso. Luego, echó a andar hacia la carretera general.

—Tendré que buscar algún coche que me lleve a la ciudad. A estas horas no me será muy difícil... —se dijo.

Hacía muchos días que había decidido dar aquel paso. Si no quería hacerse sospechosa a Raymond Fonda y sus hombres, debía continuar haciendo su vida normal.

Cualquier fallo podría dar al traste con el plan que tan cuidadosamente había preparado.

Y lo que era más importante, poner en peligro su propia vida.

Llegó al borde de la carretera y se alejó del camino de tierra que conducía a la plataforma del acantilado. No quería que la recogieran muy cerca del lugar del «accidente».

Caminó unas quinientas yardas en dirección a la ciudad y al llegar a una curva, se detuvo. Allí, esperó a que pasara algún coche.

Estaba segura que no tendría que aguardar mucho tiempo. La oportunidad de llevar en su coche a una mujer hermosa, haría detenerse al primer conductor que la divisara.

Mónica sabía demasiado bien el infalible efecto que causaba en los hombres su cuerpo de curvas firmes y turbadoras. Y como de costumbre, estaba dispuesta a utilizarlo en la consecución de sus fines.

Levantó la mano y sonrió prometedoramente. Unos segundos después, se detenía a su lado un coche rojo...

CAPÍTULO II

Raymond Fonda, rojo de ira, aplastó con furia la punta de su grueso cigarro contra el cenicero.

—¡Sois un hatajo de inútiles! —gritó enfurecido.

Sus hombres se miraron entre sí, sin atreverse a replicar. Sabían que cuando el rostro de Raymond Fonda adquiría aquel tono violáceo, era muy peligroso llevarle la contraria.

Por eso, prefirieron que siguiera desahogándose.

—Me ha costado demasiado trabajo y mucho dinero hacerme con esos diamantes, como para permitir que un cerdo como Morton se los lleve. ¿Me estáis oyendo?

Su grito resonó durante unos segundos en la cargada atmósfera del despacho. Encendió un nuevo cigarro y, volviéndose a Carlier, le dijo:

—¡Vete a por esos dos! Van a acordarse de la estupidez que han cometido...

Carlier miró a sus dos compañeros y los tres pistoleros respiraron aliviados. Al fin y al cabo, no habían sido ellos, sino Martin y Bojens, los que se dejaron burlar por Morton.

Unos segundos después, los dos pistoleros aparecían, cabizbajos y asustados, en la puerta del despacho.

Raymond Fonda los recibió con una mirada iracunda.

—¡Quiero que me volváis a repetir todo lo ocurrido durante nuestra ausencia! ¡Vamos, podéis empezar...!

Martin y Bojens se miraron confusos. Por fin, fue Martin quien, pasándose la lengua por los reseos labios, comenzó a hablar:

—Había pasado la mañana sin novedad... A mediodía, preparamos unos emparedados y almorzamos...

—Uno de nosotros no perdía de vista la calle que traía hasta la casa, vigilando constantemente si alguien se acercaba —intervino Bojens.

—Después de comer, Morton insinuó que podíamos tomar café...
—siguió explicando Martin—. Aceptamos y lo preparó él mismo...

—Pero el traidor debió de echar algún narcótico en nuestras tazas... ¡Maldito hijo de perra! —barbotó Bojens rabioso.

—¡Idiotas! ¡Se burló de vosotros como si fuerais niños...! —gritó el jefe del grupo.

—No puede andar muy lejos, Raymond —intervino Carlier, el lugarteniente.

—Por el bien de vosotros espero que sea cierto... Como no encontremos a Morton y los diamantes, os juro que vais a lamentarlo... —amenazó a sus hombres.

Martin imprimió un acento convincente a su voz.

—Usted sabe que jamás he cometido errores... Lo de hoy le pudo pasar a cualquiera de nosotros... Ni usted mismo podía sospechar que Morton pensaba traicionarnos... —dijo.

—Eso es cierto... —reconoció Raymond—. Pero no cambia las cosas... He pasado meses preparando esta operación y los diamantes de la colección Libardi valen demasiado dinero para permitir que ese cochino traidor se los lleve... ¡No debí separarme de ellos!

—Ya no tiene remedio, jefe... —intervino de nuevo Carlier—. Lo que nos interesa ahora es intentar hallar a Morton...

—¡Ya podéis empezar a buscarle! ¡Quiero tenerle en mi poder antes de veinticuatro horas! Registrad si es preciso toda la ciudad... Preguntad dónde queráis y a quién os parezca, ¡pero Morton tiene que aparecer! ¿Entendido?

Se volvió hacia Martin y Bojens y añadió:

—¡Por vuestro bien, espero que seáis eficaces! Si no encontramos a Morton, emplearé con vosotros las balas que le tengo reservadas a ese traidor.

—Se lo traeré aunque sea en pedazos... —se apresuró a decir Bojens.

—Déjemelo de mi cuenta, jefe... Conozco a una porción de tipos y lugares que frecuentaba... ¡Ellos me ayudarán! Además, está su chica...

—¿Quién es? —preguntó interesado Raymond.

—Una bailarina del «Trocadero»... —indicó Shenson, tomando parte en la conversación.

—Sí, una rubia llamada Mónica... ¡Ella sabrá algo sobre Morton! —añadió Martin esperanzado.

—Podéis utilizar los métodos que queráis... Desde este momento debéis dedicaros únicamente a su busca... ¡Ahora marcharos! —les despidió.

Sólo Carlier quedó junto a Raymond Fonda, cuando los cuatro pistoleros abandonaron la habitación.

—Yo haré algunas averiguaciones por mi cuenta... Conozco a todos los posibles compradores de la mercancía y Morton no podrá venderla sin que yo me entere... —habló Raymond Fonda, prendiendo un nuevo cigarro.

Era un tipo bajo y grueso, de aspecto congestivo y ojos saltones. Cubría su vientre con un ceñido chaleco, manchado siempre por la ceniza de su eterno cigarro.

Hasta entonces se había dedicado a las drogas, y el robo de los diamantes rosas de la colección Libardi, era su primera incursión en el mundo de los ladrones de joyas.

—He empleado meses y miles de dólares en preparar este golpe... —se lamentó—. Y ahora, por vuestra culpa, me he quedado sin las piedras...

—Habla como si fuera yo el culpable... —se quejó Carlier—. Si hubiera estado yo con Morton, las cosas habrían ocurrido de distinta forma. ¡No debimos dejarlos solos!

—Era necesario dejar solventado lo de ese maldito tasador... Era un peligro constante a nuestras espaldas... —replicó Raymond.

Carlier comprendió que su jefe tenía razón. El asunto del tasador había sido el primer obstáculo serio al que habían tenido que enfrentarse después de dar el golpe.

—Creyó que iba a poder abusar de mí... Pero se equivocó y le costó la vida... —murmuró el jefe del grupo—. Si se hubiera conformado con el dinero que le pagué, a estas horas podía estar disfrutándolo tranquilamente.

—Sí, al viejo polaco le cegó la ambición —comentó Carlier—. Ha sido una lástima que tuviéramos que eliminarle, pues era un verdadero artista...

En efecto, Tilkoski, un judío nacido en Polonia, estaba considerado en el mundo del hampa como uno de los más hábiles falsificadores de piedras preciosas.

Y haciendo honor a su fama, el trabajo que había realizado por encargo de Raymond Fonda, se podía considerar como perfecto en su género. Sólo un experto habría sido capaz de descubrir la falsificación.

Los diecisiete diamantes rosas que adornaban la corona del príncipe Libardi habían sido genialmente imitados por el viejo Tilkoski.

—Me tiene sin cuidado que fuera un gran artista... Además, a mí me había hecho ya el trabajo que deseaba... Te juro que no siento en absoluto haberle arrojado al fondo del río... —replicó Raymond a su hombre.

—Sería trágico que, después de haber salido bien lo más difícil, ese maldito Morton se largara con el botín...

—¡Cállate! —rugió furioso Raymond.

Carlier se dio cuenta que había hablado demasiado. Tomó el sombrero de una de las sillas y se dirigió hacia la puerta.

—Si no quiere nada de momento, me marchó... Intentaré reconstruir los movimientos de Morton... —dijo.

Raymond asintió.

—Está bien, puedes largarte... Pero no dejes de llamarme por si te necesito... No olvides que quiero estar al corriente de la marcha de las pesquisas... ¡Hasta luego!

Esperó a que su hombre abandonara la habitación y luego aguardó a oír cerrarse la puerta de la calle. Sólo cuando sintió el motor del coche de Carlier, se acercó a la mesa y descolgó el teléfono.

Luego, con gesto preocupado, comenzó a marcar un número. Su voz no era muy firme cuando dijo:

—Soy Raymond... ¡No ha habido más remedio que eliminar a Tilkoski!

William Widson puso sus iniciales al pie del reportaje que acababa de escribir y, de un brusco tirón, sacó la hoja de papel de la máquina.

La recorrió rápidamente con sus ojos grises y se dio por satisfecho.

—Es una basura, pero es lo que quieren los lectores... —se dijo, encogiéndose de hombros.

Hacía mucho tiempo que William Widson, más conocido en el

periodismo como W. W., había renunciado a sus sueños de escritor, limitándose a escribir aquello que gustaba a su público.

Reportajes sobre estrellas famosas, chismes sobre políticos y financieros e insulsas entrevistas con ases del deporte, constituían el abundante catálogo de los trabajos de W. W.

Avanzó entre las mesas de la redacción y se dirigió a la encristalada puerta del despacho del redactor-jefe. Entró sin llamar y arrojó las cuartillas sobre la bandeja de originales.

—Aquí tienes, Peter... Mi último y brillante trabajo sobre la nueva estrella que Hollywood nos acaba de regalar. Una idiota de caderas y senos abundantes...

Peter miró sonriente al periodista. Aunque estaba acostumbrado a sus mordaces comentarios, aquél le hizo gracia.

—Deja en paz a la pobre chica... Será idiota, pero dentro de unas semanas habrá millones de hombres en el mundo que sueñen con ella...

Hizo una pausa y, antes de que William abandonara el despacho, añadió:

—El jefe quiere que vayas a hacer una entrevista al príncipe Libardi...

—¿Te parece que Sean ha llenado poco papel con el robo de sus joyas? —preguntó William, recordando el abundante jugo que el jefe de sucesos estaba sacando de aquel asunto.

—Lo tuyo será algo distinto... Por lo visto el jefe quiere una entrevista de tipo personal. Con abundancia de detalles íntimos y a poder ser confidenciales... Proyectos, vida íntima, mujeres...

—Ya sé... Lo de costumbre... Mañana lo tendrás aquí...

Dio media vuelta y cerró de un portazo, que amenazó con quebrar la encristalada puerta. Cogió su chaqueta al pasar junto a las perchas y salió a la calle.

Minutos después marchaba camino del Waldorf Astoria, al volante de su «Buick» rojo. Sabía que no sería fácil llegar hasta el aristócrata italiano, pero haría lo posible por conseguirlo.

No era la primera vez que le encomendaban una misión de aquel tipo y conocía los mil trucos a seguir. Desde propinas a los ascensoristas del hotel, hasta invitar a cenar a la secretaria del personaje en cuestión.

—Lo malo es si el príncipe usa secretario... —se dijo, en el

momento de frenar ante un semáforo.

Y según lo que había oído contar a Sean, el encargado de la sección de sucesos, el príncipe Libardi era mucho más aficionado a los secretarios jóvenes y delicados que a las rubias explosivas.

De cualquier manera, aquello no le preocupaba demasiado. Sobre todo, porque tenía otras cosas en que pensar.

—No dejaré pasar esta noche sin darme una vuelta por «El Trocadero»... No conviene que aquella preciosidad olvide el favor que la hice... —se dijo, recordando a la mujer que había recogido hacía tres días en la carretera 22.

El rostro curtido de William Widson se dilató en una sonrisa. Recordaba la espléndida silueta de su rubia pasajera y el tono cálido de su voz al darle las gracias.

Al principio se había resistido a decirle dónde trabajaba, pero al final se había dejado convencer por sus dotes de persuasión.

—Es usted tan testarudo como simpático... —De había dicho la mujer antes de decirle su nombre—. Trabajo todas las noches en el *show* del «Trocadero».

—Le prometo ir a verla en cuanto me sea posible... Sería una lástima que no continuara nuestra reciente amistad...

Ahora, por fin, William estaba decidido a continuar aquella relación nacida casualmente al borde de una carretera.

—La chica bien vale la pena... Y no creo que sea una fortaleza muy inexpugnable... —se dijo, en el momento de frenar frente al tolo rayado del Waldorf.

Contra lo que esperaba, recibió toda clase de facilidades por parte del personal del hotel. El príncipe había dado órdenes terminantes de que fueran atendidos todos los representantes de la Prensa.

—Será un placer para el príncipe recibirle... Su tarjeta, por favor —le pidió cortésmente el secretario del aristócrata.

William se sentó en un confortable sillón y, cruzando las piernas, encendió un cigarrillo y se dispuso al esperar.

Sin embargo, antes de llegar a la mitad del pitillo, la puerta se abrió y el mismo joven que había tomado su tarjeta minutos antes, le sonrió desde ella.

—El príncipe le espera... Puede pasar, señor Widson...

El periodista no se hizo repetir la indicación del secretario y,

atravesando el lujoso salón de la «suite», pasó a la cámara del príncipe Libardi.

Aunque ya le conocía por las fotos que había publicado de él la Prensa, no pudo sustraerse a la simpatía que emanaba de toda su persona.

—Encantado de saludarle, señor Widson... Usted me dirá en qué puedo servirle...

La voz de Alfonso Libardi era musical y bien modulada. Sus gestos, elegantes y plenos de armonía, Todo en él señalaba al típico aristócrata refinado y un poco decadente, tan abundante en la vieja Italia.

—Quisiera que me concediera unos minutos para mi revista... —comenzó a decir William, mientras aceptaba el cigarrillo dorado que el príncipe le ofrecía.

—Será un placer hablar con usted... ¿A qué revista pertenece? —le preguntó.

—Trabajo para
«Home & Gardem»...

Más de seiscientos mil ejemplares de tirada... Cinco millones de actores aproximadamente —informó orgulloso W. W.

El príncipe hizo un gesto con sus afiladas y cuidadas manos. Sonrió y dijo:

—Oh, ustedes los americanos siempre tan aficionados a las grandes cifras... En su tierra todo lo miden por millones, ¿no?

—En mi tierra y en la suya, príncipe... —replicó el periodista. Creo que los diamantes que le robaron la semana pasada, están valorados en muchos miles de millones de liras, ¿no es así?

—En efecto, las diecisiete piedras que desaparecieron valían una verdadera fortuna... —respondió con un gesto desolado.

William Widson comenzó a partir de aquel momento una animada charla con su interlocutor. En el curso de la entrevista no tomó una sola nota. Jamás lo hacía.

Gozaba de una privilegiada memoria y en el momento de sentarse a la máquina para escribir sus informaciones, recordaba, palabra por palabra, todo lo hablado con el personaje de turno.

El príncipe era un hombre de palabra fácil y amena conversación. En el transcurso de la hora larga que duró la misma, tocaron una gran variedad de temas, siempre con la mayor

espontaneidad por parte del entrevistado.

Ya de pie, momentos antes de despedirse, le preguntó:

—¿Piensa estar aún mucho tiempo en nuestro país?

—Depende de la habilidad que se dé su policía en capturar a los hombres que robaron mis piedras... ¡Esos diamantes tienen que aparecer!

A pesar de que el príncipe puso gran énfasis al pronunciar su última frase, William le encontró no demasiado afectado por la pérdida de tan notable fortuna.

—¿Y en el caso de que no aparezcan? —insistió W. W—. Los ladrones han dado pruebas de una gran habilidad y puede ser factible que consigan burlar a nuestros agentes...

Pero el príncipe Libardi parecía tener respuesta para todo. Sin inmutarse demasiado, elevó su ensortijada mano al aire, y dijo:

—En ese caso, señor Widson, me quedaré hasta que la compañía de seguros me resarza de mi pérdida... No olvide que todas mis joyas están aseguradas por una potente compañía de Nueva York...

William decidió dar por terminada su entrevista con Alfonso Libardi. Tenía material más que suficiente para llenar la docena de folios que el director y sus cinco millones de lectores esperaban de él.

—No le robo más tiempo... Gracias por haberme atendido —dijo, estrechando la cuidada mano del aristócrata italiano.

—Créame que estaré encantado de continuar la charla en cualquier otra ocasión, señor Widson... Giovanni le acompañará...

Unos segundos después, el periodista abandonaba la lujosa «suite» que Alfonso Libardi ocupaba en el Waldorf Astoria, bajo la mirada lánguida de su joven secretario.

Al llegar a la calle, aspiró el sucio aire de la ciudad con fuerza. Verdaderamente, el ambiente decadente y perfumado que acababa de abandonar no estaba hecho para él.

Prefería la atmósfera cargada de la redacción con su olor a tabaco barato y tinta de las linotipias. O la de los locales nocturnos apestando a *whisky* y humanidad.

Se metió en el coche y puso el motor en marcha.

—«El Trocadero» será un buen lugar para desintoxicarme... —se dijo al arrancar.

CAPÍTULO III

La prensa de la noche, en sus últimas ediciones, daba la noticia sin resaltarla demasiado. Sin embargo, cuando Carlier acabó de leerla, arrugó el periódico entre sus manos y lo arrojó furioso al suelo.

Atravesó el vestíbulo y cogiendo el pomo de la puerta, preguntó:

—¿Puedo pasar, Raymond?

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

Sin cerrar la puerta a sus espaldas, con voz nerviosa, Carlier dijo:

—¡Morton! Ha aparecido... ¡Le han encontrado...!

Raymond Fonda saltó de su asiento como impulsado por un resorte. Sus ojillos saltones parecía que iban a salirse de sus órbitas.

—¿Dónde? ¿Quién le ha encontrado? ¿Dónde le tenéis? —inquirió, aferrando a su hombre de las solapas.

El pistolero se zafó de las manos que le atenazaban y comprendió que había hecho concebir a su jefe esperanzas que estaban muy lejos de la realidad.

Por eso, sus siguientes palabras fueron como un jarro de agua fría para Raymond.

—Acabo de leerlo en la prensa... Le han encontrado en el fondo de un acantilado...

El rugido de su jefe le hizo enmudecer.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Quién le ha encontrado?

Carlier comprendió que sería mejor que Raymond leyera el periódico. Salió del despacho y regresó con él a los pocos segundos.

Se lo alargó, señalándole el recuadro con la noticia.

—Ahí lo tiene... Fue encontrado hace tres días, pero hasta hoy la policía no ha conseguido identificarle...

Raymond tomó en sus manos el diario y recorrió la noticia con

ansiedad. Cuando terminó de leerla, una gruesa frase se escapó de sus labios.

—¡Ya podíamos buscarle por toda la ciudad! Estaba en el depósito de cadáveres... —comentó rabioso.

Sin embargo, inmediatamente los dos hombres se miraron como asaltados por el mismo pensamiento.

—Aquí no dice nada de que le encontraran los diamantes encima... ¡Es raro! —exclamó Carlier.

—Según la noticia, el accidente ocurrió pocas horas después de que Morton desapareciera de aquí con las piedras... —replicó Raymond—. Es lógico pensar que los llevara aún encima...

—Eso sería lo normal —asintió Carlier—. No obstante, podía haberlos dejado en algún lugar oculto...

Raymond empezó a marcar un número de teléfono. Mientras lo hacía, dijo a su hombre:

—Llamaré a Stan en la jefatura... Allí sabrán algo sobre eso...

—Buena idea, Raymond... Ya que nos cuesta el dinero, que nos informe...

Dejó de hablar al ver que la comunicación había quedado establecida.

—¿Puede avisar al agente Stan Kipling? —preguntó.

Tras unos segundos de espera, Raymond escuchó la voz del propio Kipling.

—Soy yo, Raymond... Acabo de leer una noticia en la Prensa sobre un hombre que apareció carbonizado en el interior de su automóvil, hace tres días, en el acantilado de la carretera veintidós... —empezó a explicar con voz tensa—. Quiero que me digas las pertenencias que le encontraron encima... ¡Todo lo que llevaba! ¿Entendido?

Esperó a escuchar una contestación afirmativa y antes de colgar, añadió:

—Lláname en cuanto tengas los datos. ¡Es importante!

Stan Kipling era uno de los confidentes que Raymond Fonda poseía dentro del Departamento de Policía. Le costaban sus buenos dólares, pero en ocasiones como aquélla, resultaban muy útiles.

Se volvió a Carlier y dijo:

—¿Quién de los muchachos dormía con Morton?

—Martin y él tenían un apartamento a medias. ¿Por qué?

—Dile que venga... Quiero hablar con él...

Raymond Fonda esperó a que llegara su hombre, paseando de un lado a otro de la habitación. Un gran cigarro en los labios y una idea en su cerebro.

—¿Me ha mandado llamar, jefe? —preguntó Martin, apareciendo en la puerta.

Se le veía nervioso y asustado. Desde el día que Morton les había narcotizado a Bojens y a él, sabía que su vida estaba en constante peligro.

Raymond Fonda pagaba bien, pero no permitía errores.

—Pasa... ¿Has leído el periódico? —le preguntó—. Toma... ¡lee esto!

Esperó a que el pistolero terminara de leer el recuadro. Cuando lo hizo, le arrancó el periódico de un manotazo y gritó:

—¿Creí que os había ordenado buscar a ese traidor? ¿Quisiera saber lo que habéis hecho en estos tres días?

Martin palideció. Dio un paso atrás y trató de justificarse.

—Le hemos buscado por toda la ciudad. He hablado con gente que le conocía...

—¡Cierra la boca! —gritó Raymond, al tiempo que le abofeteaba brutalmente.

Martin, mucho más joven que Raymond y de mayor corpulencia que éste, aguantó el castigo sin rechistar. Se llevó la mano a la enrojecida mejilla y esperó en silencio las siguientes palabras del «boss».

—El otro día dijiste que conocías a la chica de Morton, ¿es cierto?

—Sí... Me he dado una vuelta por el club donde trabaja. Pensé que tuviera algo que ver en esto y se hubiera largado con ese traidor... Pero no se ha movido de la ciudad...

—¡Piensa bien lo que me vas a contestar! Quiero que hagas memoria antes de responderme... —advirtió Raymond.

Carlier le miró intrigado. No comprendía el repentino interés que le había entrado por la amigueta de Morton.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Martin, deseando congraciarse con su jefe.

—Según ese periódico, Morton lleva tres días muerto... ¿Le ha llamado alguna vez esa chica en este tiempo? Tú vives en su mismo

apartamento y debes saberlo...

Mientras Martin hacía memoria, Carlier habló dirigiéndose a Raymond:

—¿Qué está pasando? Cree que la chica...

Se interrumpió, al oír que Martin decía algo.

—Creo que no, me parece que no le ha llamado ninguna vez...

—¿Estás seguro?

—Sí, estando yo no ha llamado... Y de haberlo hecho durante mi ausencia, la telefonista hubiera dejado una nota para Morton... Siempre que recibimos llamadas lo hacen...

—Ahora dime otra cosa... ¿Le llamaba antes alguna vez? — insistió el «boss».

—Sí, incluso yo he hablado con ella en alguna ocasión... — respondió el pistolero.

A estas palabras, siguieron unos instantes de silencio. Raymond Fonda parecía analizar detenidamente las palabras de su hombre.

Por fin, dirigiéndose a su lugarteniente, le dijo:

—Quizá esté equivocado, pero no veo lógico que esa chica no haya llamado a Morton una sola vez en estos tres días... ¿No te parece extraño?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carlier.

—Ya me has entendido y no necesito darte más explicaciones... Esta noche vas a darte una vuelta por el club donde trabaja y charlas con ella... Martin te acompañará...

—Conozco bien el sitio... —intervino éste—. Estaremos allí en media hora. Está en la zona oeste. Se llama «El Trocadero»...

En aquel momento, se oyó en la habitación el repiqueteo del timbre del teléfono. Raymond descolgó inmediatamente.

—Sí, soy yo...

Escuchó en silencio durante un par de minutos. Según pasaban los segundos, su cara se iba frunciendo en un gesto de contrariedad.

Con un gruñido dio por terminada la conversación y colgó con brusquedad.

—Era Kipling... Me ha leído la lista completa de las pertenencias de Morton... No había ni rastro de los diamantes...

—Entonces hay que averiguar lo que hizo con ellos... —replicó Carlier—. Tienen que estar en algún lugar...

—De momento ir a ver a esa chica... No la aprietes demasiado

las clavijas, es mejor que se confíe... —recomendó Raymond—. Según las impresiones que saques, ya habrá tiempo para forzar la mano... Venid a informarme en cuanto acabéis de hablar con ella.

—De acuerdo, Raymond... —asintió Carlier.

Unos segundos después, Martin y él partían en dirección al «Trocadero». A pesar de la hora avanzada, el calor en la ciudad seguía siendo sofocante.

Aunque William Widson estaba acostumbrado a fáciles éxitos con las mujeres, aquella noche se sorprendió ante sus fulgurantes avances con la rubia de la carretera 22.

Hacía menos de una hora que había llegado al «Trocadero», y aquélla era la tercera pieza que bailaba con Mónica.

Los brazos de la mujer ceñían su cuello, mientras su cuerpo se mecía lánguidamente a los compases de la lenta melodía que interpretaba el conjunto del local.

Bailaban en silencio, con las cabezas juntas, y William sentía la tibia espalda femenina bajo su mano.

—Eres un buen bailarín... —dijo Mónica en voz queda.

El periodista sonrió y estrechó aún más a la rubia contra sí.

—Cualquiera lo sería contigo...

Siguieron meciéndose en silencio, entre las otras parejas que abarrotaban la pequeña pista del club. Una docena de mesas, un par de camareros, cinco músicos y casi ninguna luz eran todos los elementos del «Trocadero».

El club había recibido a W. W. con su total oscuridad y una bocanada de humo. Sin embargo, pronto se había habituado al ambiente.

Acodado en la pequeña barra, con forma de herradura, del bar, con un vaso de «gin» en sus manos, había dejado pasar los primeros minutos.

Pronto distinguió a la rubia. Era una de las ocho chicas que en el momento de entrar en el club, evolucionaban en la pequeña pista, vestidas con un diminuto dos piezas y un montón de vistosas plumas en la cabera, al ritmo de un cha-cha-cha.

Esperó a que terminara el número, distrayendo la espera, en la contemplación de los muchos encantos que tan generosamente lucían las bailarinas.

Cuando las ocho muchachas desaparecieron entre los aplausos

de la clientela, William dijo al barman:

—Quisiera ver a una de las chicas del conjunto...

El camarero sonrió comprensivo. Sin duda no era el primer cliente que tenía semejante deseo.

—Dentro de unos minutos las tendrá por aquí... Sólo han ido a cambiarse. ¿Le sirvo otra ginebra?

El periodista dejó que le sirvieran el transparente líquido y esperó pacientemente.

—¡Ahí las tiene, señor! —anunció el camarero, señalándole una puerta lateral que acababa de abrirse.

Una tras otra, fueron saliendo las ocho chicas del conjunto. Habían cambiado el dos piezas por un vestido. A pesar de la mayor cantidad de tela con que ahora se cubrían, sus encantos seguían siendo tan marcados como antes.

Esperó a divisar a Mónica y se acercó a ella. La rubia vestía un traje negro estrecho y muy corto, con un gran escote en pico, que la hacía aparecer aún más atractiva de cómo William la recordaba.

—¿Me permite invitarla a una copa? —dijo William a manera de saludo.

La mujer volvió hacia él sus grandes ojos, mirándole con curiosidad. Antes de que pudiera decir nada, el periodista añadió:

—¿Es que ya no se acuerda de mí? Un coche rojo en la carretera veintidós...

Una sombra pareció cruzar por los bellos ojos femeninos, pero inmediatamente desapareció para dejar a una seductora sonrisa.

—¡Claro que me acuerdo! Jamás olvido a quién me hace un favor... y mucho menos cuando es un hombre tan atractivo como usted, señor...

—Puedes llamarme Willy, aunque mi nombre es William Widson... —respondió el periodista.

A partir de entonces, se estableció entre ellos un diálogo fácil y espontáneo. Se sentaron en una apartada mesa y hablaron de mil cosas intrascendentes.

Pero William se dio cuenta que su pareja no deseaba hacer mención sobre los motivos que la habían llevado a encontrarse en plena carretera 22 hacía unos días.

Como no le importaba demasiado aquello, no volvió a insistir. Prefirió hablar a la chica sobre su profesión, ya que ésta parecía

hallarse muy interesada en ella.

—Siempre he deseado ser amiga de un escritor... —dijo, envolviendo al periodista en una mirada acariciante.

W. W. sonrió al escucharle y la invitó a salir a la pista. A partir de aquel momento, habían bailado, una tras otra, todas las piezas que la orquesta había interpretado.

William se dejaba llevar por la música y por el turbador contacto del cuerpo femenino. Por eso, sintió cómo éste se puso tenso en sus brazos.

—¿Qué te ocurre? ¿Pasa algo? —preguntó a Mónica, intentando seguir la mirada de la mujer.

La voz de ésta le tranquilizó, pero William se dio cuenta que sonaba nerviosa y preocupada.

—No es nada... Me ha parecido ver a un antiguo conocido...

El periodista intentó descubrir al causante del sobresalto de su pareja, sin que, debido a la oscuridad del local, lo consiguiera.

Sin embargo, cuando acabó la pieza, uno de los camareros se acercó a ellos.

—Señorita Mónica, hay unos señores que desean verla... Están en aquella mesa —habló, señalándola el rincón del fondo.

La mujer se volvió a su acompañante, disculpándose con él.

—Espérame en la mesa... No tardaré, Willy... —dijo.

«Juraría que está asustada...», pensó William, siguiéndola con la mirada.

La conversación de Mónica con los dos hombres se prolongó casi media hora. William estaba terminando su tercera ginebra, cuando vio a la mujer avanzar hacia él.

Se puso en pie y, tomándola del brazo, la invitó a sentarse.

—¿Acabaste? Ya pensaba ir a buscarte... —dijo, sin darle importancia.

Mónica le miró como si no supiera de lo que hablaba. Sin duda, en aquel momento se encontraba muy lejos de allí.

—¿En qué piensas? No me has escuchado nada de lo que he dicho... —comentó el hombre.

Mónica sonrió forzosamente y apoyó su mano en la del periodista.

—Perdona, estaba distraída... —se disculpó—. Además, me duele mucho la cabeza...

Hizo una pausa y, repentinamente, añadió:

—¿Por qué no me llevas a casa? No sería la primera vez que te utilizo como taxi... —bromeó, recordando su primer encuentro.

W. W. se puso en pie, dispuesto a acompañarla. No debía desaprovechar aquella invitación.

—De acuerdo, te llevaré a casa... —dijo.

—Pasaré por el camerino a recoger mi bolso... Espérame en la puerta de atrás... —le indicó, antes de perderse, a través de la pista, por la puerta lateral.

Unos minutos después, el «Buick» rojo de William llevaba a la pareja en dirección al domicilio de la bailarina. Una modesta casa de apartamentos al sur de Central Park.

Mónica no abrió la boca en todo el trayecto. Parecía ensimismada en algo muy importante y sólo respondía con monosílabos a los comentarios del periodista.

Cuando William frenó ante la casa de Mónica, se sorprendió al ver que todos sus cálculos optimistas habían fallado. Cuando intentó bajarse del coche, la mujer le detuvo con un gesto.

—No es necesario que bajes... Perdona que no te invite a subir a tomar una copa, pero me encuentro muy cansada... Ven mañana a buscarme después de almorzar...

William debió de poner tal cara de fastidio, que Mónica, con una sonrisa, añadió:

—Te prometo hacerte olvidar esta desilusión... ¡Hasta mañana!

Metió su rubia cabeza por la ventanilla y unió sus labios a los del periodista. Cuando W. W. arrancó, se llevaba en la boca el perfume embriagador de aquella sugestiva mujer...

CAPÍTULO IV

Cuando Raymond Fonda contestó a la llamada del teléfono, lo hizo sacudido por un desagradable estremecimiento. A aquellas horas de la noche, sólo podía telefonearle una persona.

Precisamente con la que menos deseaba hablar.

—Alló... Sí, soy yo...

Enseguida comprendió que su instinto no le había engañado. Al otro lado del hilo telefónico escuchó la voz que ya se esperaba.

Las palabras que pronunció fueron pocas pero suficientes para que el grueso Fonda comenzara a sudar.

—¡Basta de disculpas! ¡Quiero hablar con usted esta misma noche! ¡Ahora!

La voz era cortante y no admitía réplica. Fonda intentó balbucir algo.

—¿A estas horas? —preguntó, por decir alguna cosa.

—¡Estoy harto de esperar! Desde hace dos días no encuentro más que evasivas por su parte... ¿Me escucha?

—Sí, señor... ¿Dónde le veré?

La pregunta asustada de Raymond Fonda encontró inmediata respuesta en su interlocutor.

—Le espero dentro de media hora en el cruce de Yerbury Road y la autopista de Pensilvania... ¿Entendido?

Raymond repitió aquellas indicaciones como un autómatas. Su pensamiento estaba puesto en lo que iba a decir dentro de media hora a aquel hombre.

Las explicaciones no iban a resultar sencillas.

—Sí, señor... En el cruce de la Yerbury Road y la autopista de Pensilvania... No faltaré...

—Sería muy peligroso para su seguridad que faltara... Cuando se me acaba la paciencia soy peligroso... —dijo lenta y amenazadoramente su interlocutor.

Antes de que Raymond respondiera, escuchó el seco chasquido del teléfono al ser colgado. La comunicación había quedado cortada.

Sacó un pañuelo del bolsillo superior de la americana y se enjugó el sudor que resbalaba por su rostro. El cigarro, olvidado, se había apagado en su mano.

Colgó a su vez y abandonó el despacho.

—Tengo que estar en el lugar de la cita a la hora en punto... ¡No puedo retrasarme! —se dijo, con un estremecimiento de temor.

Conocía de sobra a lo que se exponía. Y no deseaba ganarse las iras de aquel hombre.

Al cruzar el vestíbulo, distinguió en el salón, adormilado y con un periódico sobre las rodillas a Shenson.

—¿Se marcha, jefe? —preguntó extrañado, al verle coger su sombrero.

—Sí, tengo que salir... ¡Es algo urgente! —respondió Raymond.

Luego, recordando que Carlier y Martin habían quedado en volver de regreso de su entrevista con la chica de Morton, añadió:

—Di a Carlier que no tardaré en volver... ¡Que me esperen hasta que regrese!

—De acuerdo... ¿No quiere que le acompañe?

Raymond hizo un gesto negativo a su hombre y salió a la calle. Vivía en un pequeño hotelito, rodeado de una tupida pradera, en una colonia de funcionarios y empleados de comercio.

Rodeó la casa y sacó el coche del garaje. Si quería llegar a tiempo a la cita, tendría que apresurarse. Puso el motor en marcha y partió hacia la carretera de circunvalación.

A aquellas horas de la noche el tráfico era mínimo y Raymond Fonda pudo pisar el acelerador a fondo. Además, la velocidad le sirvió de válvula de escape a sus alborotados nervios.

Mientras mantenía el volante con firmeza, se maldijo por encontrarse en aquella comprometida situación. La traición de Morton y la estupidez de Bojens y Martin, al dejarse engañar por aquél, le habían colocado en una posición muy difícil.

—No tendré más remedio que decirle la verdad... —murmuró. Es inútil retrasarlo... Antes o después sabrá que los diamantes han desaparecido...

Los potentes faros iluminaron el cruce de las dos carreteras.

Raymond disminuyó la velocidad y se detuvo al borde de la Yerbury Road. Prendió un cigarro y se dispuso a esperar.

En la esfera luminosa de su reloj, las manillas señalaban cinco minutos de adelanto sobre la hora prevista.

No tardó mucho en distinguir las luces de un automóvil que avanzaba lentamente. Procedía de la ciudad y no le costó mucho trabajo adivinar que era el coche del hombre que aguardaba.

No era la primera vez que quedaban citados en un sitio como aquél y Raymond Fonda sabía lo que venía a continuación.

El automóvil recién llegado, un potente «Mercedes», se detuvo a pocas yardas del de Raymond. Éste oyó el ruido de una portezuela al ser abierta y un par de segundos después, la voz de un hombre junto a su ventanilla.

—El señor le espera en su coche... ¡Acompáñeme!

El hombre que había hablado abrió la portezuela y Raymond descendió de su automóvil. Luego, dócilmente, se acercó al gran coche europeo.

—¡Muy bien, señor Fonda! Odio los retrasos y usted ha sido puntual... Un tanto a su favor... —dijo una voz, procedente del fondo del «Mercedes».

Raymond sonrió forzosamente y se sentó junto al hombre. Después, esperó sus siguientes palabras.

—Desde hace un par de días, se diría que desea evitarme a toda costa... Sin embargo, me imagino que todo irá perfectamente, ¿verdad?

Raymond Fonda comprendió que el momento había llegado. Lo mejor sería decirlo cuanto antes.

Se pasó la lengua por los labios y secó las húmedas palmas de sus manos en las perneras de su pantalón. Luego, dijo:

—Verá... Ha ocurrido algo...

Su interlocutor se enderezó en el asiento. El tono de las palabras de Raymond Fonda le hizo ponerse en guardia.

—¿Qué quiere decir? ¿Han surgido complicaciones? —preguntó cortante.

—Primero fue lo de Tilkoski, pero eso ya lo solucioné... Ese tipo no volverá a molestarnos...

—Eso ya lo sé... Usted mismo me lo dijo por teléfono... Quiero saber qué ha ocurrido después.

Hubo unos segundos de pesado silencio en el interior del «Mercedes». Después, muy baja, se escuchó la voz de Raymond Fonda.

—Ocurrió el día de Tilkoski... Había dejado con las piedras a tres de mis hombres y uno de ellos...

—Uno de ellos, ¿qué?

—Verá... Era de toda mi confianza... Pero el muy traidor narcotizó a los otros dos y se largó con los diamantes...

El grueso Raymond hubiera deseado que el hombre que estaba a su lado, empezara a gritar. O a insultarle. Cualquier cosa antes que aquel silencio de muerte y aquella mirada llena de amenaza.

—¡No debí confiar jamás en usted! Le dije que no se separara de los diamantes ni un minuto... ¡Me entiende, ni un minuto! ¡Que sería responsable con su vida de ellos!

—No se preocupe... Sé quién lo hizo y voy a recuperarlos... Se los entregaré...

Raymond vio cómo se elevaba en el aire la mano de su interlocutor y cerró la boca. Inmediatamente sintió un tremendo escozor en la mejilla derecha.

El hombre acababa de abofetearle, rasgándole la piel con el puntiagudo rubí de su sortija.

—Merecía que le matara aquí mismo... Pero prefiero esperar a que me entregue los diamantes... ¡Le juro que, de lo contrario, lamentará haber nacido!

—Los encontraré... Ya le he dicho que sé quién ha sido... —se defendió débilmente el jefe de la cuadrilla.

—¡Escúcheme con atención! Como no aparezcan los diamantes, voy a matarle, pero de tal forma, que llorará lágrimas de sangre... Será una muerte lenta y dolorosa... ¡Quiero las piedras!

El grueso vientre de Raymond Fonda subía y bajaba agitadamente. Estaba asustado y sólo pensaba en salir de allí.

—Ahora lárguese... Le concedo un día para que me entregue las piedras. ¡No me importa lo que tenga que hacer o dónde las tenga que buscar! Pero no olvide lo que le he dicho... ¡Veinticuatro horas!

La misma mano que acababa de abofetearle, le señaló el exterior. Raymond, sin replicar, abandonó el «Mercedes».

Luego, como un beodo, ando los pasos que le separaban de su automóvil. Se dejó caer en el asiento y encendió el contacto.

Cuando se alejaba de allí, un solo pensamiento ocupaba su mente.

Tenía que recuperar los diamantes. Los diecisiete diamantes rosa...

El coche se detuvo con un brusco frenazo frente al 24 de Hornsey Street. El tipo que iba al volante echó un vistazo a la calle y pareció satisfecho.

—Creo que es un buen momento... —dijo a su compañero—. Apenas hay nadie por la calle...

Carlier asintió con un gruñido. Abrió su portezuela y replicó:

—Deja el motor en marcha y espéranos... Vente conmigo, Martin...

Los dos pistoleros atravesaron la acera bajo la mirada de su compañero. Éste, apoyado en el volante, se puso un cigarrillo en los labios y comenzó la espera.

Cruzaron el portal y entraron en el ascensor. Unos segundos después descendían en la quinta planta.

Carlier leyó las letras doradas que brillaban en las distintas puertas, y se acercó a la marcada con la D.

—Es aquí... ¿Listo?

Al gesto de asentimiento de Martin, apretó el pulsador. Al otro lado, se escuchó el áspero sonar de una chicharra y algún tiempo después unos pasos que se acercaban a la puerta.

Luego, una voz soñolienta, preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

Carlier respondió con naturalidad, mientras la pistola aparecía en su mano derecha.

—Un telegrama, señorita... Tiene que firmar...

Apenas la puerta se entreabrió unas pulgadas, el pistolero apoyó contra ella su hombro, colándose en el interior del piso, seguido por su compañero.

Mónica Halsey, vestida tan sólo con una transparente y Vaporosa bata, retrocedió asustada.

—¿Qué es lo que quieren de mí? ¡Márchense!

Mientras Martin cerraba, Carlier la agarró de un brazo. Apoyó el negro cañón de su pistola en el pecho femenino y dijo amenazadoramente:

—¡No se te ocurra gritar! Tiene silenciador y nadie oiría el disparo...

La mujer intentó soltarse de la zarpa del pistolero, pero sólo consiguió que éste la retorciera el brazo.

—¡Quieta, muñeca! No me obligues a romperte un hueso...

—¡Suélteme...! ¿A qué han venido? ¡Ya les dije en el club que no sé nada de Morton!

—¡Menos preguntas...! —contestó Carlier de malos modos—. Vas a vestirme y a venir con nosotros... ¡Hay alguien que quiere hacerte unas preguntas!

Entretanto, Martin estaba procediendo a un metódico registro por todo el apartamento. Era un experto en aquello y no hubo cajón o posible escondite que no revisara.

Carlier condujo a Mónica a su dormitorio. Abrió el armario y, sin hacer intención de salir de la habitación, ordenó:

—Vístete... ¡Deprisa! ¿No me has oído? ¡Tenemos que irnos!

Mónica conocía lo suficiente a los hombres de aquella calaña para saber que lo mejor sería obedecer. Sin embargo, intentó resistir aún.

—No pensará que me voy a vestir con usted delante, ¿verdad? Salga de mi habitación...

Carlier soltó una carcajada. Luego, agarró una blusa y una falda del armario y se las arrojó a Mónica.

—Deja esos remilgos para otra ocasión... ¡Te concedo diez segundos para que te pongas esa ropa! ¡Vamos!

La mujer tomó las prendas y se volvió de espaldas, aprovechando la puerta del armario a modo de biombo. Estaba abrochándose la blusa, cuando Martin apareció en la puerta.

—No hay ni rastro de las piedras... He registrado hasta el último rincón... —dijo.

Las manos de la bailarina temblaron ligeramente al escuchar aquellas palabras. Sin embargo, se puso unos zapatos y dijo:

—Ya estoy...

—Vamos a salir sin hacer ruido. ¿Entendido? No se te ocurra gritar o llamar la atención de alguien... —recomendó Carlier—. Podría mancharse tu preciosa blusa de sangre.

Al abandonar los tres el apartamento, el aspecto que mostraba éste era desolador. Martin había revuelto todo y arrojado el contenido de los cajones al suelo. Tampoco se habían librado del registro las butacas, que mostraban su tapicería rajada y los resortes

al aire.

Tomaron el ascensor en silencio. Mónica se dijo que ahora tenía su última oportunidad. El portero entraba de servicio a las seis y media de la mañana y ya debía estar en su puesto.

«Para llegar a la calle tenemos que pasar necesariamente ante él», pensó, en el momento en que el elevador se detenía.

Antes de abrir las puertas, Carlier dijo a Martin:

—Adelántate y tapa al portero.

Esperaron a que el pistolero se situara frente a la cabina del vigilante y, entonces, llevando a la bailarina del brazo, avanzó hacia la calle.

Mónica oyó como el llamado Martin preguntaba algo al portero. Cruzaba ante él y llamó desesperadamente:

—¡Samuel! ¡Samuel, por favor!

Oyó al vigilante decir algo. E inmediatamente el «plop» apagado de la pistola con silenciador de Martin. Luego, el ruido de un cuerpo al caer.

—¡Estúpida! Merecías que hiciera contigo otro tanto... —murmuró rabiosamente Carlier, obligándola a entrar de un empujón en el interior del coche que las aguardaba.

Martin fue el último en subir.

—Ése no volverá a entregar ninguna llave... —dijo.

Poco después, el automóvil de los tres pistoleros partía como una exhalación hacia su destino.

Las órdenes del jefe habían sido tajantes. Sabía que la bailarina era la única baza que poseía para intentar reconstruir los últimos movimientos de Morton y no podía desaprovecharla.

Cuando Martin y Carlier, de regreso del «Trocadero», le habían narrado su entrevista con la mujer, sus palabras fueron concisas.

—Esa chica puede saber algo... Si no, no se hubiera asustado tanto al veros en el club... Prefiero hablar yo mismo con ella. Quizá a mí me diga algo más...

Necesitaba desesperadamente que le dijera algo más. Algo que le ayudara a entregar al hombre del «Mercedes» la colección de diamantes de la familia Libardi.

Los métodos que tuviera que emplear para ello no le importaban en absoluto. Cualquier cosa era preferible a tener que responder con su vida de las diecisiete piedras.

Antes de que Martin y Carlier abandonaran el despacho para irse en busca de Mónica Halsey, añadió:

—Llevala al almacén. ¡No quiero fallos! ¡La necesito viva!

Ahora, sus hombres se disponían a cumplir lo ordenado. Carlier y Martin llevaban entre ellos a la amiguita de Morton, sin que la proximidad de aquel cuerpo les hiciera sentir nada.

Para ellos, había dejado de ser una atractiva mujer. Era, simplemente, un «encargo» de su jefe...

CAPÍTULO V

W. W. pasó toda la mañana en la redacción. Salió a mediodía a comer a una cafetería cercana y regresó de nuevo a las oficinas de la revista.

Mónica le esperaba en su apartamento y no quería llegar con retraso. Pasó al despacho de Peter Small y, sentándose en el borde de la mesa, le dijo:

—Quisiera pedirte un favor... Esta mañana, cuando venía para acá, tuve que dejar mi coche en la calle veintidós... El motor hizo un ruido raro y se negó a continuar funcionando. ¿Podrías dejarme el tuyo?

—Quédate con él todo el tiempo que te haga falta... Mi mujer está fuera y tengo el suyo en el garaje —le contestó el redactor-jefe, entregándole las llaves.

Antes de que William abandonara el despacho, Small añadió sonriendo:

—Por ahí anda una persona que está deseando verte. Y no creo que a ti te desagrade tampoco encontrarla.

W. W. atravesó la sala general y se dirigió a la salida. En la antesala de espaldas a la puerta, reconoció la silueta inconfundible de Ángela. Las cámaras colgadas al hombro y el pelo negro cayéndole por la espalda.

—¡Ángela! Hacía semanas que no nos veíamos... ¿Dónde has estado?

La fotografía le envolvió con una mirada cariñosa. Para nadie era un secreto en la redacción, que W. W. era una especie de ídolo para la joven reporter gráfico.

—Eso te podría preguntar yo... La última vez que salimos juntos, quedaste en telefonarme al día siguiente, pero aún estoy esperando tu llamada... —contestó la muchacha con un ligero tono de reproche.

William se dijo que le estaba bien merecida la contestación. Después de unas semanas de salir con ella, había sentido miedo de que sus sentimientos hacia la muchacha se convirtieran en algo más sólido, poniendo en peligro su querida libertad de hombre soltero.

—¿Dónde vas? Si quieres, puedo llevarte... —ofreció conciliador.

—Acepto... No he traído el coche y ya voy con retraso. Sean quiere unas fotografías del asesinato de esta mañana.

—¿Dónde ha sido? —preguntó William, mientras encendía el contacto del coche de Small.

—En la Hornsey Street... Unos tipos balearon a un portero...

William, que arrancaba en aquel momento, la miró sorprendido.

—¡Qué casualidad! —exclamó—. Voy a esa misma calle...

—¿Trabajo o asuntos particulares? —preguntó con intención Ángela.

El periodista sonrió ante la intencionada pregunta de su compañera.

—Por algo no he querido casarme. Las mujeres tenéis debilidad por hacer preguntas indiscretas.

—Pues estarías mucho mejor casado... Los hombres como tú, sois un peligro solteros...

—¡No te preocupes...! Si algún día me decido, ya te pediré consejo.

Eran buenos amigos y hacía mucho que no se veían. El trayecto se les hizo corto. Al llegar a la Hornsey, William preguntó:

—¿A qué número vas?

—Al veinticuatro... Aquel portal... —señaló Ángela.

—Es extraño... También voy yo ahí.

Se apearon del coche y entraron en el portal. Ángela preparó sus cámaras y se dispuso a cumplir su trabajo.

—No te preocupes por mí. Volveré al periódico en un taxi... No quiero crearte complicaciones —se burló de él la muchacha.

—Como quieras, Ángela... ¡Hasta la vista! ¡Te llamaré un día de éstos!

Poco después, el periodista pulsaba el timbre del apartamento de Mónica Halsey.

—¿Qué desea? —le preguntó un hombre joven que abrió la puerta.

—Perdone... He debido equivocarme... —se disculpó William.

—Quizá no... ¿A quién desea ver? —volvió a preguntar el tipo de la puerta.

—A la señorita Halsey... Debe ser otra puerta...

—Es aquí... Pase, por favor.

El periodista comprendió que ocurría algo raro. Y sus sospechas se confirmaron al penetrar en el apartamento de la bailarina.

Todo estaba revuelto y un par de hombres husmeaban por las habitaciones.

—¿Quién es, Glenn? —preguntó alguien, desde el interior de la alcoba.

William creyó reconocer aquella voz. Se hubiera jugado el sueldo de un mes a que era el teniente Fuller en persona.

—Un tipo que viene buscando a la chica... —explicó el joven, que había abierto la puerta.

Entonces apareció en el salón Sam Fuller. Se quedó sorprendido, contemplando al recién llegado.

—¿Qué diablos haces aquí, Willy?

—Había reconocido tu voz, viejo... ¿Qué es lo que estás buscando? —preguntó a su vez el periodista.

—Permíteme que sea yo el que pregunte. Recuerda que soy policía. ¿De qué conocías a la dueña de este piso?

—Apenas nada... La recogí el otro día en la carretera y me invitó a ir a tomar una copa en el club donde bailaba... ¿Quién ha hecho todo esto?

Fuller no pareció escuchar su pregunta. Se acercó a él y con voz tensa, inquirió:

—Dime cuando ocurrió exactamente lo de la carretera... ¿En cuál fue?

—No abriré la boca hasta que me expliques de una maldita vez qué es lo que pasa... Vengo pensando encontrarme a una chica estupenda y me toca soportar las preguntas de un viejo sabueso como tú.

—Está bien... Siéntate.

Sam Fuller y él habían sido compañeros durante la guerra de Corea. Desde entonces, les había unido una buena amistad.

—Nos avisaron que habían asesinado al portero... Y más tarde, al venir la mujer de la limpieza, se encontró esto como lo ves... Nos

volvieron a llamar.

—Un momento... El asunto pertenece a los de Homicidios —le interrumpió el periodista—. La última vez que te vi, estabas en la represión de drogas, ¿qué tiene que ver tu Brigada con esto?

—Por lo del portero no hubiera venido, pero la propietaria de este apartamento era la amiga de un tipo relacionado con el mundo de los estupefacientes. Un tal Morton, ¿la has oído hablar de él?

—Ya te he dicho que apenas la conocía... ¿Dónde está ahora la chica?

—Ha desaparecido... Y ahora que lo sabes todo, empieza a contestar a mis preguntas... ¿En qué carretera la recogiste?

—Hace cuatro días, en la veintidós... Un poco antes de llegar al puente...

—Eso confirma mis sospechas —monologó el policía—. Su desaparición está relacionada con el asesinato de «su amiguito»... El tal Morton apareció carbonizado, dentro de su automóvil, en el acantilado de la carretera veintidós.

—¿Un accidente?

—No, presentaba fractura de cráneo... Antes de despeñarse por el acantilado, alguien le golpeó brutalmente con un objeto contundente. ¡De eso no hay la menor duda!

—Ya, y como la chica estaba por allí aquel día, piensas que ella sepa algo sobre esa muerte —inquirió W. W.

—Exacto... Morton es el primer eslabón para llegar a la cabeza del grupo. Sabemos que han estado traficando con drogas, aunque hace unos meses que, inexplicablemente, han suspendido toda actividad.

—Un bonito lío... ¿Qué piensas hacer?

Uno de los hombres de Fuller se acercó en aquel momento a los dos amigos.

—Acaban de llegar los de huellas, teniente... Quieren hablar con usted.

—Será mejor que te vayas, Willy... Si necesito algo, ya te mandaré llamar. Ahora tengo que atender a esos hombres...

William se despidió de su amigo y tras echar una última mirada a lo que debía haber sido escenario de una agradable tarde sentimental, abandonó el apartamento.

Llevaba la cabeza llena de encontrados pensamientos. No

esperaba que la rubia Mónica fuera una colegiala, pero tampoco había imaginado que pudiera hallarse bajo sospechas de asesinato y tráfico de drogas.

Cuando llegó al portal, no vio señales de Ángela.

—Prefiero no encontrármela ahora... Tendría que meterme en un montón de explicaciones... —se dijo.

Salió a la calle y avanzó hasta el lugar donde había dejado aparcado el coche.

Se detuvo desconcertado. El lugar, que un rato antes ocupaba el coche de Small, estaba vacío. Miró a un lado y a otro, temiendo estar equivocado, pero no vio ni rastro de él.

—¡Qué raro! Estoy seguro que lo dejé aparcado frente a ésta droguería... —se dijo extrañado.

Sin embargo, pronto comprendió que el automóvil había desaparecido de allí. Alguien, sin duda, lo había robado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves. No había podido ser Ángela quien se lo llevara, puesto que las llaves estaban en su poder.

—No hay duda, me lo han robado. Tendré que denunciarlo... —se dijo de mal humor.

El coche era de Small y le fastidiaba haber sido objeto del robo precisamente aquel día.

—Desde luego, cuando las cosas se ponen mal, más vale meterse en cama y no salir en todo el día...

Decidió marchar a casa. Llamaría desde allí a la policía y a Small. Y de paso, escribiría el reportaje sobre el príncipe Libardi.

Llamó a un taxi y le dio su dirección...

Salió a última hora de la tarde. Echó a andar calle abajo y decidió ir a tomar una copa a cualquier sitio.

Necesitaba olvidarse de las preocupaciones y el *whisky* era una gran ayuda en aquellos casos. Contra su costumbre, le había costado un gran trabajo escribir el reportaje sobre Libardi.

Avanzó hasta el cruce de la calle 32 y decidió entrar en el «Tully's Bar». Empujó la puerta y caminó hasta uno de los taburetes.

Con el *whisky* ante él, volvió a pensar una vez más en el asunto de la bailarina. La idea de que la mujer hubiera subido a su automóvil sólo unos minutos después de haber dado muerte a su amante, se le hacía difícil de creer.

—Si es cierto, puede presumir de ser una gran actriz —se dijo.

Notó cómo las miradas de los hombres que como él, se encontraban en el «Tully's», se volvían hacia la puerta. Las siguió y comprendió a qué era debido aquel movimiento.

La mujer que estaba en la puerta justificaba, más que sobradamente, las miradas de admiración que sobre ella convergían. Era una pelirroja, de piernas torneadas y busto agresivo.

Avanzó, contoneando las caderas, hasta la barra. Se detuvo junto a William y se encaramó en el taburete contiguo.

Cruzó las piernas, y al hacerlo dejó al descubierto una inquietante porción de aquellas preciosas columnas sobre las que asentaba su seductora figura.

El periodista la contempló detenidamente, sin que la mujer pareciera inmutarse. Por el contrario, le sonrió, visiblemente satisfecha del examen a que estaba siendo sometida.

—Un vodka... —pidió, con voz ronca.

Se llevó la bebida a los labios y ahora fue ella la que contempló al periodista con descaro. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Creo que nos conocemos de algo, ¿no?

William Widson se sintió animado. Era indudable que aquella mujer deseaba entablar conversación con él.

—Me gustaría poder decirla que sí, pero si nos conociéramos, créame que lo recordaría. ¡Jamás olvido a una mujer hermosa!

—Gracias por la galantería... —contestó la pelirroja, sonriendo y envolviéndole en una cálida mirada—. Sin embargo, estoy segura que he visto su cara en algún lado.

Se llevó de nuevo el vaso de vodka a los labios y pareció hacer memoria. De repente, sus ojos se iluminaron y, en un gesto espontáneo, su mano se apoyó en el brazo del hombre.

—Creo que ya sé dónde le he visto... ¿No es usted W. W.? —preguntó.

El periodista se sintió halagado y bendijo su popularidad.

—El mismo... William Widson para servirla... Pero llámeme Willy, todos mis amigos lo hacen.

—¿Eso quiere decir que me considera amiga suya, señor Widson...? —preguntó la mujer acentuando ligeramente la presión de su mano.

—Willy, no lo olvide. ¿Cuál es su nombre?

La mujer miró a su alrededor con un gesto de desagrado. Parecía haberse dado cuenta, por primera vez, de las miradas masculinas que acariciaban su cuerpo.

—Me llamo Virna. Hace mucho tiempo que le admiro... Soy, con seguridad, una de sus más fieles lectoras.

—Me gustaría charlar con usted en un sitio más tranquilo —insinuó William.

Virna pareció encantada ante aquella idea. Descruzó lentamente las piernas, haciendo que la mirada del periodista se prendiera en ellas y luego, dijo:

—Si acepta una copa, le enseñaré todos los artículos que tengo guardados de usted en casa... Creo que hay más de un centenar.

—Será un placer, Virna —aceptó satisfecho William.

Pagó las consumiciones y, ante la mirada envidiosa de todos los clientes del «Tully's», se llevó a Virna hacia la calle.

—Tengo mi coche estropeado. Tomaremos un taxi.

La pelirroja señaló un «Packard» último modelo.

—Mi coche está ahí... Podemos ir en él... —ofreció.

Poco después, la pareja rodaba en dirección a la casa de la mujer. Era Virna quien manejaba el volante y William pudo recrearse a placer en la contempla de las bellas formas de su compañera.

—Hemos llegado... —anunció la pelirroja, ante un gran edificio de apartamentos de lujo.

Descendieron y, en silencio, subieron al piso. Al entrar en el apartamento de la mujer, William comprobó que estaba puesto con buen gusto y riqueza de medios.

—Ya estamos en casa, Willy... —La voz de Virna, al decir aquello, sonó cercana e íntima.

Se hallaba muy próxima al hombre y éste se sintió atraído por la seducción que manaba del cuerpo femenino.

No tuvo más que alargar los brazos para encontrarse con Virna junto a él. La estrechó contra sí y besó sus labios.

La mujer no ofreció la menor resistencia. Por el contrario, rodeó con los suyos el cuello del periodista y se apretó contra su pecho.

Cuando sus labios se separaron, W. W. creyó salir de una borrachera. Aquella mujer sabía besar.

Intentó atraerla de nuevo hacia sí, pero en aquel momento escuchó una voz a sus espaldas:

—Puedes retirarte, Virna. Tu papel ha terminado.

CAPÍTULO VI

William Widson giró en redondo al escuchar aquella voz. Y al hacerlo, se encontró con el negro cañón de un 42 apuntándole directamente al corazón.

—Siento haberle interrumpido, amigo... —se burló de él el propietario del revólver—. Pero hay cosas más interesantes que hacer.

—¿Quién es usted? ¿Qué quieren de mí? —preguntó furioso W. W.

—Se enterará a su debido tiempo. De momento, le conviene no armar jaleo... —volvió a decir el hombre.

Virna avanzó entonces hacia él. Al hacerlo, pasó junto al desconcertado periodista y una luz de burla se pintó en sus bellos ojos verdes.

—¿De verdad te creíste que eras tan fascinador...? —preguntó con sorna.

William no respondió a las palabras de aquella vampiresa de vía estrecha. Por el contrario, aprovechó que la chica acababa de colocarse entre él y el revólver que le apuntaba.

Se lanzó contra ella, impulsándola a su vez contra el fulano que le encañonaba. Su movimiento sorprendió al tipo y los tres rodaron por la alfombra.

—¡Maldito bastardo...! —gritó el pistolero, intentando recoger el revólver que había caído de su mano, de su enemigo. Alargó la pierna y, de una patada, la lanzó.

Desde donde estaba, el periodista vio el movimiento del arma al otro extremo del salón.

—Acaba con él, Bojens... —chilló la pelirroja, agarrando al periodista de un brazo y clavando las uñas en su rostro.

W. W. sintió la mejilla rasgada por las garras de la chica. Se olvidó de que pertenecía al sexo débil y, de una bofetada, se la

quitó de encima.

Sin embargo, no pudo evitar que el puño del pistolero le alcanzara en pleno mentón. Salió lanzado hacia atrás y caído como estaba en el suelo, contempló como Bojens se lanzaba en plancha sobre él.

Levantó ambas piernas y recibió al rufián con una doble patada en el tórax.

Una mesita baja quedó destrozada bajo el peso del forajido. William se incorporó y se acercó a él, dispuesto a solventar rápidamente aquel asunto.

—Conmigo no se juega, muchacho... —dijo, sin perder la serenidad.

La pelirroja había desaparecido de la habitación y William se imaginó que había marchado a pedir refuerzos. Por tanto, tenía que acabar cuanto antes con el llamado Bojens.

Una carga con el hombro volvió a lanzarle al otro extremo de la habitación. William salvó de un limpio salto el diván que se interponía entre ambos y conectó su puño derecho contra el hígado de su enemigo.

Éste se dobló hacia adelante, pero un gancho del periodista a su mandíbula le enderezó rápidamente. Luego, W. W. le obsequió con una precisa serie de golpes a los puntos claves del cuerpo.

El pistolero era ya un muñeco en sus manos. La pelea estaba llegando a su fin, cuando William sintió que una puerta se abría a sus espaldas.

Inmediatamente el sonido amortiguado de una pistola provista de silenciador resonó en el apartamento.

—Ahora verás, hijo de perra... —oyó decir tras él.

Se dejó caer al suelo en el preciso instante en que un par de balas buscaban su espalda. Pero al no encontrarla, se clavaron, ciegas e inmisericordes, en el pecho de Bojens.

Éste profirió un alarido de bestia herida y, llevándose ambas manos al rojizo boquete que ensuciaba su camisa, cayó de rodillas sobre la alfombra.

William asomó cuidadosamente la cabeza por la izquierda del diván. Al otro lado del salón había un par de hombres armados. Tras ellos, Virna observaba la escena con nerviosa mirada.

Uno de los tipos hizo fuego de nuevo contra W.

W. Su

compañero, entonces, le detuvo con un movimiento.

Hasta William llegó la voz de aquel fulano.

—¡No dispaes, Shenson! El jefe le quiere vivo... Jamás nos perdonaría que le cerráramos la boca para siempre.

—Sólo pretendía herirle... —se defendió, de mala gana el que había disparado.

—¡Vamos a por él! Somos dos y no nos resultará difícil...

El periodista sonrió en su escondite. Ignoraba los motivos por los que su vida resultaba tan valiosa para el jefe de aquellos canallas, pero, en cualquier caso, la circunstancia le favorecía.

Era muy distinto tener que enfrentarse a dos tipos armados, dispuestos a matarle, que hacerlo a ellos en igualdad de condiciones. La potencia de los puños y la mayor habilidad serían las que decidieran su comprometida situación.

—Aquí os espero, ratas... A no ser que os dé miedo enfrentaros conmigo...

W. W. sabía que no había nada tan útil como poner nervioso a los enemigos. Y con sus mordaces frases acababa de conseguirlo.

—Voy a romperte los huesos, maldito charlatán... —rugió uno de los hombres, avanzando decidido hacia el periodista.

Su compañero le siguió y, cada uno por un lado, se aproximaron a su presunta víctima.

—¡Duro con él! ¡Vamos a...!

William no le dejó terminar la frase. Estrelló el puño contra la boca del rufián, sintiendo como saltaban un par de dientes.

Al mismo tiempo, la rodilla del segundo pistolero le alcanzó en pleno vientre, y cuando quiso responder, el tipo le golpeó con el canto de su mano en la nuca.

W. W. dio un traspié hacia adelante y estuvo a punto de caer, pero aprovechó la trayectoria de su cuerpo, para embestir al tipo y golpearle con la cabeza en la boca del estómago.

Durante la guerra de Corea, William había servido en los «marines» y en su batallón era conocido por el sobrenombre del «Tornado de Dallas».

Decidió recordar los buenos tiempos y se hizo la idea de que el apartamento de la pelirroja era cualquier pequeño poblado al norte del paralelo 38, en donde tantas veces se las había visto con los

soldados chinos.

El llamado Shenson intentó golpearle en el rostro, pero William aferró su muñeca y retorciéndole el brazo, le lanzó por encima de su hombro contra la puerta del fondo.

Sin esperar a ver dónde caía, lanzó su pie contra la entrepierna del otro pistolero, que cayó al suelo fulminado por el dolor, quedando allí hecho un ovillo.

Echó un vistazo en torno, confiando en que el campo estuviera libre de contrincantes.

Pero en aquel momento, el fulano que había salido rodando por los aires, hacía unos segundos, se puso en pie, con los ojos inflamados por el odio. Se encontraba junto a la chimenea que decoraba el salón y su mirada se detuvo un instante en la panoplia que había sobre ella.

Una sonrisa apareció en su rostro. Su mano se elevó y tomó uno de los tres gruesos sables tártaros que lucían en ella.

—Voy a rajarte en dos... —bramó furioso, enarbolando el arma por encima de su cabeza.

William comprendió que aquel tipo estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Desde luego, tenía el arma idónea para ello.

Aquel sable, manejado con ambas manos debido a su gran peso, era capaz de partir de un solo tajo la cabera de un hombre.

Buscó desesperadamente con la mirada algo que pudiera servirle a manera de escudo, para protegerse de los mortales viajes que le lanzaba el rufián.

Cogió una de las sillas y cogiéndola por el respaldo, la colocó ante sí, intentando detener los mortales golpes del arma blanca.

La larga hoja, afilada y cortante, silbaba como un reptil cada vez que el pistolero la descargaba contra el periodista. Enseguida comprendió éste que la silla era absolutamente inútil.

—Te separaré la cabeza del cuerpo... ¡Voy a jugar con ella como si fuera una pelota! —rugió el rufián, lanzando un mandoble a William.

La cuarta y última pata de la silla saltó por los aires, segada por el largo sable. W. W. retrocedió en busca de algo más contundente que oponer al enfurecido pistolero.

Sin duda, rabioso por los golpes recibidos y al ver que el periodista amenazaba con erigirse en vencedor de la desigual pelea,

había olvidado por completo los deseos de su jefe de tener a W. W. vivo.

Ahora fue una lámpara de pie la que William empezó a manejar a manera de maza por encima de su cabeza. Era de hierro forjado y contra ella la hoja del sable sólo arrancaba chispas.

W. W. la hizo girar con fuerza y, al ser más larga que el arma de la panoplia, alcanzó con ella al pistolero en el tórax.

Se oyó como las costillas del fulano crujían y éste salió despedido hacia atrás, como impulsado por un rayo. Definitivamente, el sable caído en el suelo, el tipo estaba fuera de combate.

William respiró fatigosamente y miró a su alrededor.

El llamado Bojens estaba muerto en un charco de: sangre; el tipo de la panoplia, completamente K. O., y su compañero continuaba gimiendo a causa de la patada en la entrepierna que había recibido.

—Será mejor que me largue... —se dijo, mirando hacia la puerta de salida.

En aquel momento oyó un ligero ruido a sus espaldas. Como un rayo llegó hasta su mente el recuerdo de la pelirroja que le había llevado hasta allí.

Hizo intención de volverse, pero no llegó a completar el movimiento.

Un objeto, pesado y contundente, se abatió con fuerza brutal sobre su cabeza. Creyó que el cerebro iba a estallarle y sintió que sus piernas se doblaban.

Luego, antes de caer en el pozo sin fondo de la inconsciencia, alcanzó a ver un par de preciosos ojos verdes que le miraban con odio.

Muy lejana, llegó hasta él la voz fría de la pelirroja.

—Maldito...

Cuando William Widson regresó al mundo de los vivos, su primera sensación fue la de llevarse las manos a la cabeza.

La sentía terriblemente dolorida y unas punzadas, agudas y dolorosas, descendían desde su nuca a lo largo de toda la espalda.

Sin embargo, tenía las manos atadas a la espalda y no pudo realizar el movimiento. Abrió los ojos e intentó averiguar dónde se encontraba.

No necesitó mucho tiempo para darse cuenta que se hallaba en

el suelo de un automóvil en marcha. Lo primero que vio, fueron unos zapatos «sport» de gruesa suela de goma.

Elevó la vista, encontrándose con la mirada, ahora socarrona, del tipo que había intentado seccionarle en dos con el sable tártaro.

—Se acabaron tus fanfarronadas... —le dijo, al verle abrir los ojos.

—Quien ríe el último, ríe dos veces... —contestó el periodista, sin amilanarse.

El rufián sonrió divertido ante aquellas palabras y, apoyando la sucia suela del zapato en la cara de su prisionero, la restregó contra su boca.

William esculpió rabioso la porquería que la suela había dejado en sus labios y volvió el rostro hacia otro lado.

A pesar de la difícil situación en que se encontraba, hubo de parpadear deslumbrado. A muy pocas pulgadas de sus ojos, distinguió el más bello par de piernas femeninas que había visto en su vida.

Elevó su vista a través de las torneadas pantorrillas, comprobando que pertenecían a la pelirroja. La sonrió burlón, recordando que, después de vencer a sus tres compañeros, había sido ella quien le había puesto fuera de combate.

—Tenía razón mi abuelita cuando me advertía que las mujeres de tu especie erais muy peligrosas... —comentó en voz alta, dirigiéndose a Virna.

Ésta arrugó la cara y cruzó las piernas, pero no respondió al comentario.

En cambio, el fulano que iba a su lado, sí lo hizo.

—Espero que se te quiten muy pronto las ganas de bromear... Al jefe no le gustan los chistes.

A partir de entonces, continuaron rodando en silencio. William no alcanzaba a distinguir el exterior, echado como estaba en el fondo del automóvil, y tuvo que consolarse con verle las piernas a Virna.

Por decir algo y aunque sabía cuál iba a ser la contestación, preguntó:

—¿A dónde me llevan?

—No te preocupes... A un lugar dónde están esperándote con gran impaciencia... —le contestó el tipo.

Hacía más de media hora que William había despertado y el automóvil seguía avanzando a gran velocidad en medio de la noche. No tomaban demasiadas curvas y aquello le hizo suponer que rodaban por carretera.

De haberlo hecho por el centro de la ciudad, los virajes habrían sido mucho más abundantes. Además, la velocidad era siempre constante.

«¿Qué diablos querrá esta gente de mí?», se preguntó William, sin comprender nada.

La encerrona que la pelirroja le había preparado, tenía que obedecer a algún motivo importante. El jefe de aquellos hombres, quienquiera que fuese, le deseaba vivo.

Eso era al menos lo que habían hablado entre ellos. Y si le querían vivo, sólo podía ser para dos cosas.

Para obtener de él alguna información o para solicitar un rescate por su libertad.

«Nadie pagará ni un centavo por mí... Así que tiene que ser para averiguar alguna cosa a través mío», siguió pensando William, tratando de aclarar el galimatías en que se hallaba metido.

Intentó hacer memoria e imaginar qué clase de información podría desear de él aquella gentuza. Pero no llegó a ninguna conclusión que le satisficiera.

«A no ser que se trate de algo relacionado con...», se dijo.

Sólo podía tratarse de aquello. Si Sam Fuller no estaba equivocado, quizá fuera su casual relación con la bailarina, la que le hubiera llevado a la difícil situación en que se encontraba.

Aquello le pareció lo más convincente. Alguien podía haberle visto bailar con la rubia y acompañarla luego a casa.

«Quizá hayan pensado que nuestras relaciones son más íntimas y obedezca a ello este rapto», siguió trabajando su imaginación.

Se interrumpió en sus pensamientos al sentir que el automóvil frenaba su hasta entonces rápida marcha. El firme sobre el que rodaba también cambió de repente.

Ahora lo hacía a través de un camino de gravilla o arena mucho más desigual que la magnífica autopista por la que había avanzado hasta aquel momento.

«Dentro de unos minutos sabré qué es lo que desean de mí...», se dijo William, comprendiendo que había llegado al final de su viaje.

Unos minutos después, el coche se detuvo con un brusco frenazo. La portezuela se abrió y el pistolero que había pisoteado a William, salió al exterior.

Por el otro lado, lo hizo la pelirroja. Entonces, el periodista oyó la voz de aquel tipo que le ordenaba:

—Vamos, sal fuera... ¡Deprisa!

Se arrastró con dificultad hasta el borde del automóvil y se puso en pie. A su alrededor, la oscuridad era completa y el viento caliente de la noche movía perezosamente las ramas de los árboles que les rodeaban.

Algo alejado de donde se encontraba, William distinguió las luces de una especie de cobertizo abandonado. La gran mole del mismo, adquiriría en la noche perfiles gigantescos.

El tipo que había llevado el volante hasta entonces le agarró de un brazo y le hizo caminar a empujones.

—¡Andando hacia la casa! ¡El jefe te espera!

CAPÍTULO VII

El teniente Fuller, del departamento de Represión del Tráfico de Drogas, bajó la palanca del interfono con un seco movimiento. Volvió la cara hacia el aparato y dijo al agente de guardia:

—¿Quiere volver a preguntar a los de huellas si les falta mucho para terminar el informe?

—Sí, señor... Ahora mismo... —contestó el agente.

Hacía más de dos horas que esperaba el resultado de las pruebas tomadas en el apartamento de la bailarina, amiga de Morton. Y empezaba a impacientarse.

Echó un último vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa y salió del despacho. Iría él mismo a recoger el resultado de los análisis.

Los pasillos de la jefatura estaban casi desiertos a aquellas horas de la noche. Fuller avanzó por ellos y se detuvo ante la puerta del laboratorio.

Empujó ésta y pasó al interior.

—¡Buenas noches, teniente! En este momento iba a llevarle el informe —le dijo, al verle entrar uno de los agentes de servicio.

—Estaba impaciente por conocer los resultados... Creí que os habíais ido de vacaciones... —contestó Fuller empezando a ojear los papeles que acababan de entregarle.

En aquel momento se acercaron a él, Morris, jefe del departamento, y Smiley de homicidios.

—Hola, Smiley... ¿Qué haces por aquí? —preguntó Fuller a su compañero.

—¿Qué hay, Sam? He venido a traer trabajo a los del laboratorio... Nunca hacen nada y es bueno darle tarea —bromeó Smiley.

—Somos los que más trabajamos de toda la jefatura —se quejó sonriente Morris—. ¡Pero tenemos mala fama!

—Por cierto —empezó a decir Smiley—, quería hablar contigo...

Fuller y él se dirigían ya hacia el pasillo. Se despidieron de Morris, y se encaminaron a las dependencias del teniente.

—Hablares en mi despacho... —dijo éste—. ¿De qué se trata?

—Hace unos minutos nos avisaron de una casa de apartamentos... Los vecinos habían oído ruido de lucha y llamaron a la patrulla. Cuando fuimos, nos encontramos con un hombre muerto y el piso destrozado... —explicó Smiley.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? —preguntó extrañado Fuller, invitándole a sentarse.

—Verás... Cuando hablé con el vigilante nocturno y un par de vecinos me dijeron que, alrededor de las once, habían visto entrar a una pelirroja acompañada de un hombre joven.

—Sigue...

—Dos de ellos, creyeron reconocer en él a un tal William Widson que escribe en «Home & Gardem»...

¿No me has hablado en alguna ocasión de él?

Sam Fuller parpadeó sorprendido. En veinticuatro horas era la segunda vez que se encontraba a Willy metido en un lío y siempre al lado de una mujer.

—Claro que te he hablado de él... Servimos juntos en Corea... ¿Quién era el muerto?

—Acabo de identificarle en el archivo... Un truhan de la peor especie. Drogas, estupro y cosas por el estilo. No se ha perdido nada con su muerte... —informó Smiley—. ¿Hace mucho que no ves a ese periodista?

Sam Fuller fue a contestar que le había visto aquel mismo día, pero prefirió reservarse aquella información hasta saber por sí mismo cuál era exactamente el papel de Willy en aquel asunto.

—¿Estás seguro que esa gente le reconoció? —preguntó a su vez.

—Completamente... El portero tenía el último número de la revista y estuvieron comprobando la fotografía que viene siempre en la cabecera de todos sus artículos... ¡Todos coincidieron en que era él!

—¿Quién era la mujer que le acompañaba? ¿A nombre de quién está ese apartamento?

—Todo este asunto es muy raro... —respondió Smiley—. El

apartamento fue alquilado por esa mujer hace dos días, pero hasta esta noche nadie se presentó a él.

Fuller se dijo que, en efecto, todo aquello era muy turbio. Parecía que últimamente a Willy le gustaba meterse en líos.

Primero iba a visitar a una bailarina sobre la que existían fundadas sospechas de que hubiera asesinado a su novio y horas más tarde acudía, en compañía de una misteriosa pelirroja, a un apartamento en el que aparecía un hombre muerto.

—Si te sirve de algo, puedo darte la dirección de William... De todas formas, yo pensaba ir a verle mañana por la mañana... —se ofreció Fuller.

—Gracias, Sam, pero prefiero hablar personalmente con él... Mañana a primera hora iré a verle... Ahora son más de las cuatro y prefiero tratar de identificar a la pelirroja.

Se puso en pie y se despidió de su compañero.

—Me voy al archivo... Puedes seguir con tus narcóticos... ¡Hasta mañana!

Cuando Srniley salió del despacho, Fuller se quedó unos momentos pensando en lo que éste acababa de decirle. Si aquello era cierto, Willy podía verse metido en un buen jaleo.

Se acercó al teléfono y marcó el número del periodista. Esperó unos segundos hasta escuchar la llamada. Después, durante un par de minutos oyó resonar una y otra vez, el timbre del aparato.

—No está en casa... Quizá se encuentre en la redacción... —se dijo, colgando el teléfono.

Hizo intención de volver a marcar, pero decidió que sería mejor hablar con él personalmente. No era asunto para ser tratado por teléfono.

Revisó los informes del laboratorio y echándoselos al bolsillo de la americana, tomó el sombrero y salió del despacho.

—Me marchó, Gary... Si viene algo para mí, estaré aquí dentro de un par de horas —dijo al pasar, al agente de guardia.

—De acuerdo, teniente. No se preocupe.

Salió a la calle y montó en su coche. Unos segundos después rodaba, a través de las vacías calles de la ciudad, camino de la redacción de

«Home & Gardem».

No necesitó mucho tiempo para llegar a ella. Las luces del

edificio estaban encendidas y la actividad en su interior era plena. Subió hasta el primer piso y preguntó por William.

—No ha venido por aquí... —le dijo un tipo que estaba aporreando el teclado de una máquina de escribir—. De todas formas pregunte a Small.

Fuller siguió la dirección que le indicaba aquel hombre. Ante la puerta encristalada del despacho del redactor-jefe se detuvo y golpeó ésta con los nudillos.

Mientras esperaba que le invitaran a entrar, vio cómo éste contemplaba una serie de fotografías que le mostraba una muchacha de aspecto juvenil y dinámico.

—¡Adelante...! —gritó por fin Small.

La chica se volvió hacia el recién llegado y Fuller reconoció en ella a Ángela Burton. Si no recordaba mal, hacía algunos meses que Willy y ella habían salido juntos.

—¿Qué hay, teniente? —le saludó la fotógrafa—. ¿Qué le trae por aquí?

Presentó a los dos hombres y esperó a que Fuller explicara el motivo de su presencia en la redacción.

—Vengo buscando a Willy... He llamado a su casa y al no contestarme nadie, pensé que estaría aquí.

—No es usted la única persona que desea verle, teniente... —dijo Small con las cejas fruncidas—. La revista está a punto de ir a máquinas y Willy tenía que haberme traído un reportaje que le encargué sobre el príncipe Libardi...

—¿Cuándo fue la última vez que le han visto?

—Esta mañana... Estuvo aquí un momento y como tenía el coche estropeado, me pidió que le dejara el mío... Por cierto, que luego me telefoneó para decirme que se lo habían robado.

Ángela intervino entonces:

—Yo fui con él al veinticuatro de la Hornsey Street —dijo—. Me dejó allí y no he vuelto a verle.

Sam Fuller se quedó en silencio unos segundos. Era extraño que nadie supiera nada del periodista. Su desaparición, desde luego, no indicaba nada bueno.

Fuera cual fuera su relación con el asesinato de aquel tipo en el apartamento de la pelirroja, le interesaba aparecer cuanto antes y dejar bien aclarada su intervención en aquel turbio asunto.

De lo contrario podía encontrarse en dificultades con el departamento de policía. Estrechó la mano de Small y la de Ángela.

—Si le ven, díganle que se ponga en comunicación conmigo cuanto antes. ¡Necesito hablar urgentemente con él! Me encontrará en la jefatura.

—De acuerdo, teniente. Se lo diré tan pronto le vea. ¡Hasta la vista!

—¿Cree usted que está en peligro? —preguntó Ángela inquieta.

Cuando abandonaba la redacción de «Home & Gardem», lo hizo con el presentimiento de que, en algún lugar de la ciudad, Willy se encontraba en apuros.

Era un presentimiento muy parecido al que tantas veces le había asaltado, allá en los campos de Corea, cuando su amigo tenía dificultades. Sólo que ahora no podía acudir a su lado.

Para hacerlo, necesitaba saber antes donde se encontraba. Y Nueva York era demasiado grande...

Carlier se apartó de la ventana y se aproximó a la puerta de madera.

—¡Ahí están, Raymond! —dijo.

Raymond Fonda arrojó el cigarro al suelo y lo pisó nervioso, mientras esperaba que entraran los recién llegados.

—¿Traen a ese tipo? —preguntó a su lugarteniente.

—Creo que sí... Shenson viene empujando a alguien... ¡Aquí están!

Al tiempo que Carlier pronunciaba estas palabras, William, sintió que era empujado al interior de aquel cobertizo iluminado. Notó sobre sí las miradas inquisidoras de los dos hombres que allí había.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó de malos modos Raymond Fonda.

Antes de que le respondieran, echó en falta a uno de sus hombres.

—¿Dónde se ha quedado Bojens?

Los dos tipos que habían conducido a William hasta allí, se miraron confusos. Luego, uno de ellos, dijo:

—Este maldito bastardo le ha liquidado. Tuvimos que emplearnos a fondo para reducirle.

Bastaba mirarles el rostro para comprender que no mentían. Ambos mostraban las marcas que los puños del periodista habían dejado impresas en su cara.

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo? —volvió a preguntar Fonda preocupado.

—Tuvimos que dejarle allí... Si nos entretenemos diez minutos, más, nos hubieran sorprendido. Pero le quitamos la documentación.

—Fue preciso armar un poco de ruido para reducir a éste... —informó Shenson, señalando al silencioso W. W.

—¡Estúpidos! El cadáver de Bojens nos puede echar encima a todos los sabuesos... ¡Os dije que no quería sangre! —gritó rabioso Raymond.

—Lo siento, jefe... No fue tarea fácil traer a éste... ¡Pero lo conseguimos!

En aquel momento, la pelirroja tomó parte en el diálogo. Avanzó contoneándose hasta el calvo y barrigudo «boss» y, apoyando con dulzura la mano en su hombro, dijo:

—Se les olvida decirte que si no es por mí, a estas horas el «emborrón papeles» éste se les habría escapado. Tres contra él y necesitaron que les ayudara... ¡Fui yo la que le dio el golpe final!

—No es cierto, Raymond... Ya le teníamos dominado...

—¡Silencio! Basta de palabras. Sois todos un manojo de inútiles... —Se impacientó Raymond.

Se volvió entonces al desconcertado William y se aproximó a él, midiéndole con la mirada. Sin embargo, antes de ocuparse de él, dijo a Virna:

—Tú puedes largarte. No te necesito aquí y estarás mejor en casa...

Esperó a que la mujer desapareciera y luego se acercó a su prisionero.

—Quiero que te des cuenta que no estoy dispuesto a escuchar tonterías y mentiras... ¡Necesito que me contestes a lo que te pregunte! ¿Entendido?

William Widson le miró sin parpadear. Al fin iba a saber qué era lo que deseaban de él.

—Si me dice lo que quiere de mí, quizá nos entendamos... Sus gorilas no han sido muy explícitos... —replicó.

A Raymond aquellas palabras le parecieron buena señal. El

prisionero se mostraba propicio al diálogo.

—Así me gusta, creo que nos entenderemos... Ahora, dime... ¿Dónde tienes la pitillera de la chica?

Si a William Widson le hubiera hecho la pregunta en dialecto bantú o en el idioma de los esquimales, no hubiera puesto una cara más extraña que la que puso al oír a Raymond.

—No sé de qué me está hablando. ¿A qué chica y a qué pitillera se refiere? —preguntó desconcertado.

Inmediatamente comprendió que aquellos hombres no tenían intención de perder tiempo. El tipo gordo hizo una seña a uno de ellos y William vio cómo éste avanzaba amenazador hacia él.

Antes de que pudiera pensarlo, el puño del tipo se clavó en su hígado.

—Cuando el jefe hace una pregunta, se le contesta a la primera... ¡Responde!

—¡Ya le he dicho que no sé de qué me está hablando! —volvió a insistir William.

Pero de nuevo el puño de aquel fulano le golpeó inmisericorde, esta vez en pleno rostro. Dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose, y estando a punto de perder el equilibrio.

—¡Sujétale, Martin! Por lo visto desea que le «suavicemos»... —dijo el hombre que le había golpeado a uno de sus compañeros.

El tal Martin sujetó a William por los brazos y le mantuvo firme frente a su compañero. Entonces se oyó de nuevo la voz del jefe del grupo.

—Ya que insiste, y antes de que mis hombres sigan «jugando» con usted, le refrescaré la memoria.

—Deje que lo hagan mis puños, jefe... —pidió el que le había golpeado.

—Todavía no, Shenson... —ordenó Raymond—. Escúcheme, amigo. Sabemos todo y no va a engañarnos... Cuando llevó a la chica ayer por la noche hasta su casa, ella le metió la pitillera con las piedras en el asiento del coche.

W. W. empezó a saber de qué chica le hablaban. Se referían, sin duda, a Mónica. Lo que aún no entendía era qué significaba aquello de la pitillera y las piedras en su coche.

Raymond Fonda siguió hablando.

—No crea que fue fácil hacérselo confesar... Menos mal que mi

cigarro es muy convincente, ¿verdad, muchachos?

Los tres hombres sonrieron ante las palabras de su jefe. Éste continuó:

—Cuando por fin se decidió a confesarlo todo, nos dijo que los diamantes estaban en su automóvil... ¿Dónde los ha metido?

Aunque ignoraba el terreno que pisaba, William se decidió a empezar a probar fortuna.

—¡Sí les dijo que estaban en mi coche, seguirán en él! Le juro que yo no he tomado ninguna pitillera, ni ninguna de esas piedras de que habla.

—¿Crees que soy idiota? Mis hombres han registrado hasta el último rincón de tu automóvil y no hay ni rastro de los diamantes. ¡Los has cogido y quiero que me digas dónde están!

Ahora supo William quién había robado el automóvil de Small cuando lo dejó aparcado frente a la casa de Mónica. Y estuvo a punto de soltar la carcajada.

En lugar de llevarse su automóvil, aquellos idiotas se habían apropiado del coche del redactor-jefe.

—Ahora que ya sabes de qué te hablo, empieza a contármelo todo... ¿Dónde has escondido los diamantes?

—¡No he visto en mi vida esos diamantes! En mi coche no había nada.

Raymond Fonda hizo una seña a Shenson. Miró al periodista y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Tú te lo has buscado, amigo. Antes de diez minutos estarás lamentando haberte negado a hablar... Shenson es algo brusco...

William Widson vio acercarse al llamado Shenson, con una luz asesina brillándole en sus enrojecidas pupilas. E inmediatamente, sintió algo similar a un mazazo entre los dos ojos.

Diez minutos después, William Widson era un guiñapo sanguinolento en poder de aquellos hombres. Pero su castigo sólo había comenzado.

CAPÍTULO VIII

Martin tuvo que sujetarle con fuerza para que no cayera al suelo.

—¡Ya está bien, Shenson! Hay que dejarle que se recupere... —ordenó Raymond—. Trae un cubo de agua, Carlier...

El choque del líquido contra su rostro hizo a William abrir los ojos. Pero inmediatamente los tuvo que cerrar, pues todo lo que le rodeaba empezó a girar vertiginosamente.

Sentía la cara tirante a causa de la hinchazón y veía con dificultad. Su respiración era fatigosa, mientras agudos dolores atormentaban su cuerpo.

Le habían sentado sobre una silla y allí quedó, con la cabeza caída sobre el pecho, incapaz de oponer la menor resistencia.

Fue el momento que Raymond Fonda escogió para acercarse a él.

—Ahora que has probado los métodos de Shenson me imagino que estarás más animado a hablar, ¿me equivoco? —preguntó.

—¿Qué quiere saber? —habló con dificultad William.

No se encontraba en condiciones de aguantar una nueva serie de golpes como la que acababan de propinarle.

Sólo deseaba ganar tiempo y descansar.

—Veo que te has dado cuenta de lo que te interesa. Sólo quiero que me digas dónde pusiste las piedras que había en la pitillera de la chica.

W. W. se trazó el plan de seguir. Por lo menos dispondría de algún tiempo para intentar escapar de aquella guarida de lobos.

Hizo un esfuerzo y elevó la cabeza hasta fijar su mirada en la del grueso Raymond.

—Creo que han sufrido un error... —empezó a decir—. Mi coche...

Shenson le agarró del pelo y le gritó en plena cara:

—¡Nada de trucos! No intentes engañarnos.

—Déjale que hable —ordenó Raymond.

—Mi coche no era el que sus hombres robaron... Éste pertenecía a un amigo.

Ahora fue Carlier quien le interrumpió, dirigiéndose a Raymond:

—¡No le haga caso! Yo mismo vi cómo se apeaba de él, frente a la casa de Mónica. ¡Está mintiendo!

William buscó energía en su dolorido cuerpo y elevó la voz por encima de la del pistolero.

—Estoy diciendo la verdad. Mi coche estaba estropeado y un compañero me prestó el suyo.

—¿Es cierto eso? —preguntó Raymond con voz tensa.

—Sí, si se molestan en ver la licencia, se darán cuenta... —replicó William.

El jefe del grupo se volvió a su lugarteniente, aferrándole por las solapas.

—Como sea cierto lo que dice este hombre, ¡te juro que te mataré! Estoy harto de tener a mi alrededor estúpidos que cometen un error tras otro.

—Yo vi cómo se bajaba del coche... Además, la chica dijo que era un «Buick» del sesenta y cinco... —se defendió Carlier.

—Pero el mío es rojo y no azul como el que robaron —insistió William, que sabía lo mucho que se jugaba en aquello.

Su voz sonaba sincera y Raymond comprendió que estaba diciendo la verdad.

—De acuerdo... ¿Dónde está tu automóvil? Iré yo mismo a comprobar si es verdad lo que acabas de decirnos.

W. W. tuvo que preparar rápidamente su respuesta. Si era cierto que Mónica había depositado los diamantes bajo el asiento de su coche, no podía decir a los rufianes dónde había dejado el coche.

—Lo dejé encerrado en el garaje de mi apartamento. Es particular para los vecinos. Allí lo encontrarán.

—Tú te ocuparás de que no se mueva de aquí hasta que yo vuelva... —dijo Raymond a Martin—. Enciérrale en el cuarto con la chica y no te separes de la puerta.

Se volvió a Shenson y Carlier y les ordenó:

—Vosotros vendréis conmigo.

William les dio su dirección y antes de que se marcharan, Martin y uno de sus compañeros le empujaron hasta el fondo del almacén

y, abriendo una gruesa puerta de madera, le metieron de un empujón en el interior.

Durante varios segundos, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del cuarto, William no supo las dimensiones del recinto en que se encontraba.

Oyó como las voces se alejaban de la puerta, y poco después llegó hasta él el ruido de un motor al ponerse en marcha. Se incorporó, quedando apoyado contra la pared.

Entonces escuchó un débil quejido hacia su izquierda. Se aproximó allí hasta que tropezó con un cuerpo acurrucado en el suelo.

—No me pegue más... No lo puedo resistir... ¡El cigarro no...!

Reconoció inmediatamente la voz de la bailarina. Era Mónica, sin duda, la que exhalaba aquellos quejidos y frases deshilvanadas.

Intentó reanimarla y darse a conocer.

—No voy a pegarte. Soy Willy... El de la carretera, ¿te acuerdas?

Estaba imposibilitado de incorporarla, pues tenía las manos atadas a la espalda. Sin embargo, acercó su cara a la de la mujer y volvió a hablarla:

—Vamos, Mónica... Trata de ser fuerte... ¿Qué te han hecho?

Se dijo que aquella mujer no se merecía sus palabras de dulzura, pues con toda probabilidad, tenía sobre su conciencia la muerte de un hombre.

Pero ahora se encontraban los dos en situación igual de apurada y si querían salir de allí era preciso que se hicieran aliados.

—No quería decírselo, pero me obligaron. ¿Para qué te han traído aquí? —murmuró la mujer, cuando se encontró mejor.

—Querían preguntarme lo que había hecho con tu pitillera.

—¿La cogiste? —preguntó ansiosa—. No les digas dónde la tienes... Nos repartiremos los diamantes y seremos ricos... ¡Es mucho dinero!

El periodista se dijo que la ambición de aquella mujer era tan grande que ni siquiera en la situación en que se encontraba, era capaz de olvidar el dinero.

—Ahora tenemos que salir de aquí... Es preciso que lleguemos antes que ellos a mi automóvil —dijo William, seguro de que sus palabras harían ponerse en actividad a la bailarina.

No se equivocó. Ésta pareció olvidar sus dolores y se enderezó.

Luego, impaciente, preguntó:

—¿Cómo vamos a salir de aquí? Fuera habrá alguien vigilando. No hay ventanas...

—Ya lo sé... Pero primero es necesario que me desates.

No era sencillo. Mónica tenía también las manos ligadas a la espalda y fue preciso que se buscaran las manos en la oscuridad, para, mutuamente, intentar cada uno desatar al otro.

La postura era difícil y el movimiento que podían hacer con las manos casi nulo. Durante minutos lucharon inútilmente por deshacer los nudos que rodeaban sus muñecas.

Por fin, la mayor habilidad femenina salió triunfante del difícil empeño.

—¡Creo que ya está...! —exclamó Mónica a media voz.

En efecto, pocos segundos después, el periodista se hallaba con las manos libres.

—Desátame a mí... —pidió nerviosa la bailarina.

«Merecías que te dejara con tus amigos», se dijo William, dudando lo que hacer.

Pero comprendió que si la mujer quedaba allí, aquellos canallas la matarían sin piedad. Debía entregarla a la policía y que respondiera ante un tribunal de su crimen.

—Ya estás... —la dijo al soltarla—. Ahora hay que ver la manera de salir de aquí.

Buscó el mechero en el bolsillo del pantalón y encendiéndolo iluminó el cuartucho en que habían sido encerrados.

No mediría más de ocho pies de largo por diez de ancho y estaba prácticamente vacío. Sólo un montón de papeles de embalaje se ofrecieron, en uno de los rincones, a su vista.

Se acercó a la puerta, llevando siempre la azulada llama del mechero como única luz. La cerradura no ofrecía, ninguna posibilidad de ser abierta desde el interior y la hoja de madera era gruesa y resistente.

—¿Cómo vamos a salir? —volvió a preguntar Mónica llegando a su lado.

Entonces la miró William por primera vez, desde que había encendido la llama. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para que la impresión no se pintase en su rostro.

El aspecto que la bailarina mostraba era digno de compasión.

Tenía las facciones prácticamente borradas a resultas de los golpes, el pelo revuelto y las ropas desgarradas.

A pesar de su esfuerzo por disimularlo, Mónica captó la compasión que se dibujó en el rostro del periodista.

—Me trataron duro, ¿sabes? Pero no me importa si conseguimos disfrutar tú y yo esos diamantes. Los muy cerdos... ¡Espero poder sacarles los ojos algún día!

Había verdadero odio en las palabras de la bailarina.

—Si sólo me hubieran golpeado, no me habrían hecho hablar... Los golpes no significan nada frente a tres millones de dólares.

Siempre aquella obsesión por el dinero. Era la única preocupación de la mujer.

—¿Qué más te hicieron?

En lugar de responder, Mónica se abrió la blusa con un brusco movimiento. El mechero tembló en la mano de William y hasta su mente llegaron las palabras que había oído al llamado Raymond hacía un rato.

«Pero mi cigarrillo es muy convincente...».

Lo que Mónica le estaba enseñando era su seno derecho, de piel blanca y lisa, en el que mostraba las marcas de media docena de quemaduras producida por la punta de un grueso cigarro.

—Me lo arrancó con la punta de su maldito cigarro... Pero tenemos que llegar antes que ellos... ¡Esa piedras tienen que ser nuestras! —le urgió Mónica, cerrándose la blusa.

William trató de pensar alguna forma de salir de allí. Sólo lo conseguirían si alguien les abría la puerta desde el exterior.

Pero aquello era poco menos que imposible.

—Los papeles... ¡Ellos pueden, salvarnos! —exclamó de repente con voz excitada.

Atravesó el cuarto y tomó un montón de cartones y papeles.

—¿Qué vas a hacer?

Los dejó en el suelo, junto a la puerta, y sólo entonces respondió a Mónica.

—Ponte un pañuelo en la boca y trata de respirar lo menos posible... Es preciso que salga mucho humo por debajo de la puerta.

Volvió a por un nuevo montón de cartones y los apiló junto a los primeros. Se agachó y comprobó la holgura que quedaba bajo la puerta.

—En cuanto empiece a salir humo, ese tipo vendrá.

Estoy seguro que abrirá... Vete al fondo.

Esperó a que Mónica le obedeciera, y, después de atarse un pañuelo en torno a la boca a modo de mascarilla, acercó la llama del mechero a los papeles.

Cuando éstos empezaron a arder, colocó sobre ellos los cartones para ahogar las llamas y provocar abundancia de humo. Poco a poco, el cuarto fue llenándose de una humareda espesa y sofocante.

Al mismo tiempo, William comprobó que el humo empezaba a pasar al otro lado de la puerta. No podía tardar mucho tiempo en percatarse el pistolero de lo que ocurría.

Al otro lado del cuarto, Mónica había empezado a toser con sofoco. Aquel humo se metía hasta el fondo de los pulmones.

—Tendré que llamar su atención de algún modo... Ese fulano es capaz de estar dormido o enfrascado en algún «cómic»... —se dijo, viendo que el calor y la humareda aumentaban por momentos.

Sus puños golpearon repetidas veces la gruesa puerta, mientras su voz se elevaba con fuerza.

—¡Fuego! ¡Fuego...! Vamos a abrasarnos...

Esperó unos segundos hasta ver si sus gritos atraían como deseaba la atención de su guardián. Pronto comprendió que había logrado el objetivo propuesto.

Al otro lado se oyeron pasos y una voz que murmuraba algo. Unos segundos después, la puerta se abría.

—¡Vamos, salid fuera...! —dijo el pistolero.

William no le dio tiempo a terminar. Se lanzó contra él a manera de catapulta y el tipo, sorprendido por aquella inesperada embestida, salió despedido a varias yardas de distancia.

El periodista se lanzó en plancha contra él, en el momento en que el pistolero, desde el suelo, hacía fuego contra su inesperado agresor.

Los proyectiles pasaron a pocas pulgadas del cuerpo de William. Cayó con fuerza sobre el rufián y le golpeó brutalmente el rostro.

Vio que éste volvía el cañón de su arma hacia él y tuvo que agarrarle la muñeca con rapidez para desviar la trayectoria de las balas asesinas.

—¡Suelta la «artillería»! —le gritó, al tiempo de golpearle la muñeca contra la dura superficie del suelo.

El revólver se escurrió al fin de la mano del pistolero. William, sin tener que preocuparse ya de la amenaza constante del arma, pudo dedicarse tan sólo a dominar a éste.

No le resultó tarea fácil. Notaba su cuerpo quebrantado por la brutal paliza que había recibido aquella misma noche. Sentía los músculos agarrotados y sus movimientos eran pesados.

Un rodillazo del truhan le hizo perder el equilibrio y que las posiciones de ambos se cambiaron. Ahora, W. W. tenía sobre sí el pesado corpachón de su enemigo.

Intentó zafarse como fuera del fulano que le inmovilizaba con las rodillas, mientras éste descargaba sus puños contra el rostro del periodista.

Al fin, con un violento movimiento de todo el cuerpo, logró desplazarle lateralmente y ponerse en pie. El truhan fue también a incorporarse, pero William se lo impidió de una patada al rostro.

Se acercó rápidamente a él y, agarrándole del chaleco, le elevó hasta su altura. Después, su puño izquierdo se clavó con fuerza en el hígado del pistolero, haciendo que éste proferiera un grito de dolor.

Sin soltarle, fue ahora el mentón del tipo el que recibió la «caricia» del puño del periodista. Cuando éste le soltó, el tipo cayó al suelo como un fardo.

William le contempló durante unos segundos hasta convencerse de que no volvería a molestarles en un buen rato. Se volvió a Mónica, que había observado la lucha desde el pasillo y le dijo:

—Busca unas cuerdas por algún sitio... Será mejor atarle.

La mujer comenzó a rebuscar por la desmantelada nave del almacén, mientras el periodista recogía el revólver del pistolero y se lo guardaba en el bolsillo posterior del pantalón.

—Esto puede servir... —dijo Mónica, acercándose a él y mostrándole unos fuertes alambres.

—Dámelos...

William empezó a sujetar las muñecas y los tobillos del desvanecido rufián. Mientras lo hacía, y aunque lo sospechaba, preguntó a Mónica:

—¿Qué diamantes son los que metiste en mi coche?

—Los mismos que ese maldito Raymond robó al príncipe Libardi... ¡Valen una fortuna!

Hizo una pausa y envolviendo al periodista en una extraña mirada, añadió:

—Y serán para los dos... Los disfrutaremos juntos, ¿qué te parece?

El periodista no respondió, limitándose a sonreír, le daba náuseas la codicia y el cinismo de aquella mujer.

Sin embargo, de momento, no podía demostrarla sus verdaderos sentimientos.

—Es necesario que nos demos prisa. Esos cerdos podrían llegar antes que nosotros y apoderarse de las piedras —dijo impaciente la rubia.

En aquel momento, resonó en el silencio del almacén el repiqueteo nervioso del timbre del teléfono. Los dos se miraron sorprendidos y William se incorporó, tratando de localizar el aparato.

Estaba adosado en una de las paredes, junto a la puerta que llevaba al pasillo. Se acercó a él con rapidez y, descolgando el auricular, contestó a la llamada.

—Sí...

Al otro lado del hilo, se escuchó una voz que a William no le resultó desconocida por completo.

—¿Raymond?

El periodista siempre había sido un hombre de reflejos rápidos. Por eso, en la fracción de un segundo, comprendió que si conseguía que su interlocutor creyera que hablaba con el jefe del grupo, podía enterarse de cosas importantes.

Cuando habló de nuevo, lo hizo imitando la voz gruesa y un poco gangosa del llamado Raymond.

—Sí, yo soy...

La otra voz le interrumpió con dureza.

—Se ha terminado el plazo que le di anoche... ¿Ha recuperado ya las piedras?

William decidió jugarse el todo por el todo.

—Sí... Ya las tengo...

—¡Me alegro por usted...! —exclamó la voz aquélla—. Le espero dentro de una hora en el mismo lugar de anoche... Ya sabe... En la carretera...

«Necesito averiguar el lugar», se dijo William desesperadamente.

Y en voz alta replicó:

—Imposible... Esta noche ha habido un accidente allí y habrá policía por todas partes...

—Está bien... Entonces le veré a las ocho en la antorcha de la Estatua de la Libertad... ¿Entendido?

Sin darle tiempo a que respondiera, aquel hombre colgó el teléfono. William, con el auricular aún en su mano, se quedó pensativo.

—Jurarla que he oído antes de ahora esa voz...

CAPÍTULO IX

En el momento de depositar el auricular en la horquilla, Mónica se acercó a él.

—¿Quién era?

—Debe ser un amigo de Raymond... No ha querido decir su nombre... —contestó evasivamente el periodista.

—¿Nos vamos? —Se impacientó la bailarina.

William no oyó la pregunta. En su mente acababa de aparecer una idea y trataba de saber si sería factible ponerla en práctica.

Sin embargo, si lo hacía, no podría salir en persecución del jefe de la banda. Era imposible estar en dos lugares al mismo tiempo.

—¿Estás dormido? ¡Te he preguntado si nos íbamos! —insistió nerviosa la mujer.

El periodista volvió a la realidad. Miró a su maltrecha compañera y respondió:

—Tienes razón... Es necesario que salga inmediatamente...

La agarró de un brazo y la llevó hacia donde estaba, tendido y maniatado, el hombre de Raymond.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó desconcertada.

W. W. no respondió. Sin soltar el brazo de Mónica, se agachó y tomó el alambre sobrante de haber atado al rufián.

—¿Para qué coges eso? ¡Suéltame...! —gritó la bailarina, que acababa de darse cuenta de las intenciones del periodista.

Antes de que pudiera impedirlo, William le había colocado los brazos a la espalda y procedía a rodear sus blancas muñecas con el hilo metálico.

Una sarta de juramentos, dignos del más desgarrado marinero del puerto, salió de labios femeninos. La bailarina, con los ojos dilatados por la rabia y la impotencia, obsequió a William con el más escogido repertorio de insultos y maldiciones.

—¡Canalla...! ¡Hijo de perra...! Eres igual que todos los demás...

Sin hacerla el menor caso, William la dejó en el suelo e inmovilizó sus tobillos. Luego, cuando estuvo atada como un fardo, le dijo:

—Lo siento, preciosa... Tengo que ir a un sitio que no puedes acompañarme... Además, no me fío de que no hagas conmigo lo mismo que con tu amigo el del acantilado...

—¡Te sacaré los ojos, bastardo! Te arrancaré...

William se alejó sin que por ello la bailarina cejara en sus insultos y gritos de rabia. Miró el reloj y comprobó que faltaba menos de una hora para las ocho.

—Tendré que darme prisa si quiero llegar a esa cita... Todavía no sé dónde diablos está esto ni la distancia que me separa de la ciudad... —se dijo.

Pero antes tenía que solucionar otro problema. El llamado Raymond y sus dos hombres debían de estar a punto de llegar al garaje privado que había en los bajos del edificio en que vivía.

Era necesario hacer algo, inmediatamente, pues si bien los diamantes no corrían peligro, ya que su automóvil no se encontraba en el garaje, era conveniente aprovechar aquella ocasión para detener a la pandilla.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Esperó a que le contestaran y después de darse a conocer, estuvo hablando un par de minutos.

Su voz sonaba impaciente y acelerada. No tenía tiempo para perderlo en demasiadas explicaciones. Por eso, antes de colgar, añadió:

—Lo siento... Ya te lo explicaré todo más tarde... ¡Ahora haz lo que te he dicho...! Hasta luego...

Colgó y salió a la carrera hacia la puerta. Al pasar junto a Mónica, sintió sobre sí la mirada plena de odio y resentimiento de la mujer.

Salió al exterior, dándose cuenta que era ya pleno día. Una nueva mirada al reloj y las agujas le indicaban que eran las siete y doce minutos.

Por un momento temió no encontrar ningún coche para desplazarse a Nueva York. Rodeó el almacén y en la parte trasera descubrió, con un suspiro de alivio, un «Plymouth» verde.

Corrió hacia él y poco después partía como una exhalación, a

través de un camino arenoso y desigual, hacia la carretera general.

Tomó la curva con un chirrido impresionante de los neumáticos sobre la cinta asfáltica y pisó el acelerador hasta el fondo.

El cuenta-millas saltó pronto hasta el límite del marcador. Los árboles de la cuneta y los automóviles con los que William se cruzaban se deslizaban junto a él a velocidad supersónica.

William sujetaba el volante con mano firme, *sir* apartar los ojos de la carretera. Sin embargo, su mente se hallaba muy lejos de allí.

Seguía realizando un tremendo esfuerzo por intentar poner un nombre y una personalidad a la voz que había escuchado unos minutos por el teléfono.

Cada vez estaba más convencido de que conocía a su propietario. Aquella cadencia, la forma de pronunciar las palabras, todo, en fin, le corroboraba en su idea.

—Es inútil que me atormente... En cuanto llegue al mirador de la antorcha, saldré de dudas... —se dijo en el momento de tomar vertiginosamente una nueva curva.

Shenson aminoró la velocidad del coche al entrar en la calle Delancey.

—Aquí es... Ese tipo nos dijo que vivía en el veintiuno bis... —dijo.

—Sigue despacio... Carlier y yo bajaremos... —ordenó Raymond.

Su lugarteniente le miró temeroso. Sabía que su jefe no le perdonaría fácilmente la equivocación sufrida con los coches.

Tuvieron que aguardar a que una furgoneta de reparto de leche les dejara espacio libre frente a la rampa que daba acceso al garaje de la casa 21.

—No apagues el motor... Volveremos enseguida... —dijo Raymond antes de apearse.

Carlier y él se dirigieron al garaje, mientras observaban atentamente cuánto les rodeaba.

—Si hay algún curioso, encárgate de él... —ordenó Raymond a su hombre.

Cuando llegaron a la nave subterránea, se encontraron con una docena escasa de automóviles. Los había de distintas marcas y modelos, pero ninguno de ellos era de color rojo.

La mirada de Carlier se iluminó.

—Se lo dije, Raymond... Ese bastardo nos engañó... ¡No hay ningún «Buick» rojo! —anunció con voz satisfecha.

Raymond Fonda le miró furioso.

—Se diría que te alegra nuestro fracaso...

Se interrumpió al escuchar una voz tras ellos. Procedía de la entrada de la rampa.

—¡No hagan un solo movimiento! —Oyeron gritar—. ¡Están rodeados!

Los dos hombres saltaron a un lado, buscando la protección de los coches. Mientras extraían sus armas de la sobaquera, Carlier gritó rabioso:

—¡Es una encerrona! Hemos caído en una trampa...

Raymond no respondió. Se limitó a enviar medio cargador contra la silueta que se dibujaba en el resplandor exterior.

El policía saltó a un lado y su voz volvió a escucharse en el silencio del garaje.

—¡Es inútil cualquier resistencia! Será mejor que se entreguen...

—¡Vete al infierno! —masculló Raymond rabioso.

Se encontraba oculto tras un potente «Cadillac». Lo rodeó, acercándose a una de sus puertas.

—¡Sube, Carlier...! Trataremos de salir de aquí... —dijo a su hombre, colocándose ante el volante.

Carlier le obedeció en silencio, comprendiendo que era la única posibilidad que tenían de librarse de la inesperada presencia de la policía.

Sin embargo, ambos sabían que era algo desesperado.

—Ocúpate de disparar sin cesar... Intentaré romper el cerco —habló el grueso Raymond, en el momento de acelerar para intentar subir la rampa.

Con el motor a todo gas, el «Cadillac» se encontró pronto en lo alto de la pequeña cuesta artificial que conducía a la calle.

La repentina aparición del automóvil, lanzado a toda velocidad y vomitando fuego por su ventanilla derecha, sorprendió a los agentes situados a ambos lados de la entrada del garaje.

La voz del teniente Fuller, se elevó potente sobre el estruendo de las detonaciones.

—¡Cuidado! ¡Intentan escapar...!

Tuvo que arrojarle al suelo para evitar los certeros proyectiles

que Carlier le envió al pasar por su lado.

Raymond torció el volante a la izquierda, intentando ganar la salida de la calle. Pero tuvo que hundir con fuerza el pie en el pedal del freno.

Al mismo tiempo que lo hacía, la voz de Carlier le avisó del peligro:

—¡Cuidado...! —gritó.

Por aquel lado, la calle estaba obstruida por uno de los coches patrulleros atravesado en el centro de la calzada. Sin embargo, Raymond Fonda siempre se había distinguido por su endiablada habilidad en el manejo del volante.

Metió la marcha atrás y a toda velocidad reculó hacia el otro extremo de la calle. Los cristales de las ventanillas saltaron hechos añicos al recibir las balas de los agentes apostados ante el garaje.

Al cruzar ante él, oyeron de nuevo la voz del oficial que mandaba a los policías:

—¡A los coches...! Suban a los coches...

Conduciendo con la misma seguridad que si lo hiciera de frente, Raymond subió por la calle hasta la primera transversal. Una milésima de segundo le bastó para cambiar de velocidad y partir, en dirección prohibida, a través de la Essex hacia Manhattan Bridge.

—¿Nos siguen? —preguntó, sin apartar sus ojos del tráfico que a contrapelo tenía que sortear.

—Ahí los tenemos... —replicó Carlier, aunque ya no era necesario, pues las sirenas rasgaban salvajemente el aire de la mañana neoyorquina.

Los neumáticos lanzaron un horrísimo gemido al patinar en la esquina de la Essex con la Fourth.

—¡Cuidado el carro...! —gritó Carlier, viendo que el carricoche de un vendedor de frutas portorriqueño se les venía encima.

Raymond trató de evitar el choque, sin conseguirlo. La mercancía salió despedida al otro lado de la calzada, quedando el carruaje y la caballería tendidos en el centro de la calle.

—Eso les hará perder unos segundos... —explicó alborozado Raymond—. Trataré de llegar al Manhattan Bridge y ganar la Flatbush...

Cambió de velocidad, mientras su vista se clavaba en el espejo retrovisor. Las sirenas habían quedado lejos y parecía que se habían

quitado un poco de encima la agobiante persecución de los policías.

—¡Malditos hijos de perra! —exclamó rabioso, al ver atravesado en la entrada del puente uno de los coches de la policía metropolitana.

—Esos bastardos han sabido usar la radio... —habló Carlier, al ver la entrada cerrada.

Sin contestar, Raymond obligó al «Cadillac» a describir un agudo viraje y seguir por la Roosevelt Drive.

—Veremos si han llegado también al Williamsburg Bridge... —comentó.

Pero un nuevo obstáculo se ofreció en su camino. Un par de camioneros discutían en la calzada, obstruyendo ésta con sus mastodónticos vehículos.

Aquello no pareció preocupar demasiado al conductor del «Cadillac». Sin pensar en la seguridad de las personas que transitaban por la amplia acera, subió al bordillo y avanzó a todo gas, rozando las fachadas de los edificios.

Las latas de la basura, apiladas junto a los portales, salieron despedidas por los aires, mientras los asustados transeúntes corrían a refugiarse en los portales y establecimientos.

De nuevo el ulular de las sirenas policiales hizo que el corazón de los dos pistoleros latiera más a prisa.

—Ya los tenemos ahí otra vez... ¡Hijos de satanás! —maldijo Carlier, preparando su arma.

Una vez superado el obstáculo de los camiones, Raymond ganó de nuevo la calzada y, manejando el volante como un corredor de Indianápolis, se metió en el puente que atravesaba por aquella zona el East River.

—Bien, Raymond... Creo que lo conseguimos...

El puente se hallaba en aquel momento vacío de circulación y aquello, en lugar de ser una ventaja para los fugitivos, se convirtió en un factor en contra.

Los agentes, al comprender que no tenían peligro de herir a inocentes, iniciaron un graneado fuego contra el automóvil de los pistoleros.

—Como alcancen los neumáticos estamos perdidos... —habló Carlier, sacando su brazo armado por la ventanilla y disparando a su vez.

Los proyectiles se clavaron en la carrocería del «Cadillac», pero parecieron respetar las cubiertas de sus ruedas. El final del puente se hallaba próximo y Raymond se preparó para un nuevo viraje.

El cristal posterior saltó hecho añicos y una ráfaga de metrallata barrió el interior del automóvil. Raymond sintió como un plomo ardiente se clavaba en su hombro izquierdo.

Un grito ahogado de dolor salió de sus labios. Por un momento pareció que iba a perder el dominio del volante, pero tras un violento esfuerzo de voluntad pudo hacerse de nuevo con el control del coche.

Durante los breves segundos en que el automóvil fue dando bandazos de un extremo a otro del puente, Carlier palideció intensamente, temiendo que el vehículo, lanzado a toda velocidad, se abalanzara contra la barandilla y se precipitara a las aguas.

—¿Le duele mucho? —preguntó inquieto.

Raymond apretó los dientes e hizo un gesto negativo. Pisó el acelerador y el coche dio un nuevo salto hacia adelante.

Mientras cargaba su pistola, Carlier echó un vistazo al cuentamillas. En aquel momento rebasaba la línea del 126.

Entonces ocurrió lo que ambos habían temido desde un principio. Oyeron un estampido mucho más cercano que los producidos por las armas de los policías y, de nuevo, el coche empezó una danza loca.

—Han debido reventarnos un neumático...

Las palabras de Carlier se perdieron en el estruendo que siguió al reventón. Al no conseguir el conductor mantener la dirección del automóvil, éste, lanzado como iba a toda marcha, se precipitó contra un gran mojón de piedra que se alzaba a la salida del puente.

Los cuerpos de los pistoleros salieron despedidos hacia adelante, como pequeños muñecos movidos por una fuerza superior, golpeándose contra el interior del coche.

Éste dio una serie de vueltas de campana, tronchó media docena de árboles y, tras una violenta explosión, fue pasto de las llamas.

Los coches de la policía se detuvieron con un brusco frenazo junto al «Cadillac» incendiado. El teniente Fuller fue el primero en bajar.

—Hay que intentar sacarlos de ahí, muchachos... —ordenó a sus hombres.

Media docena de agentes, ayudados por el mismo teniente, se aproximaron al coche siniestrado. Había quedado en posición invertida y las llamas no se habían extendido aún al total de la carrocería.

Uno de los agentes tiró violentamente de la aplastada portezuela y, agachándose, extrajo del interior uno de los cuerpos.

—Que venga una ambulancia inmediatamente... —pidió Fuller a uno de sus hombres.

Entre dos retiraron al herido de las cercanías de aquella hoguera en que se había convertido el «Cadillac», mientras el mismo agente intentaba sacar el segundo cuerpo.

—Debe estar aprisionado por algo... —dijo, volviéndose al teniente.

—¿Está vivo?

La pregunta de Fuller no pudo ser satisfecha. Una nueva explosión se produjo en el depósito y fue preciso que se apartaran rápidamente del coche, para no ser heridos.

—Es inútil... No se puede hacer nada por él... —dijo el teniente, retirándose.

Unos segundos después, el automóvil en el que los dos fugitivos habían esperado alcanzar la impunidad, se consumía entre altas y ardientes llamas.

El teniente Fuller se acercó al herido y le echó un vistazo. Sólo podía hacer una cosa.

Esperar a que aquel hombre hablara...

CAPÍTULO X

Las manecillas del reloj de William Widson marcaban las ocho menos tres minutos, cuando el periodista detuvo su coche a unas cincuenta yardas del aparcamiento situado junto a la Estatua de la Libertad.

En aquella mañana veraniega, la estatua regalada por Francia al pueblo norteamericano, se alzaba, majestuosa y firme, a la entrada de la bahía neoyorquina.

—He conseguido llegar a tiempo... —se dijo William satisfecho.

Giró el retrovisor y contempló en el pequeño rectángulo su rostro. Si no quería llamar demasiado la atención, tendría que disimular un poco las huellas que habían dejado impresas en él las agitadas horas que acababa de vivir.

Se peinó cómo pudo y, humedeciendo el pañuelo, limpió la sangre seca que manchaba sus labios y cejas. Un toque al nudo de la corbata y estaba listo para enfrentarse a la voz misteriosa.

Seguía obsesionándole la oculta personalidad del dueño de aquella voz. En todo el viaje, desde el almacén, al que los pistoleros le habían llevado, hasta la ciudad, no había cesado de preguntarse sobre cuándo y dónde había escuchado con anterioridad la voz del teléfono.

Todo había sido inútil y su memoria, que pocas veces le fallaba, en esta ocasión se había empeñado en jugarle una mala pasada.

Se acercó hacia la entrada de la estatua, echando un vistazo a los coches aparcados en los alrededores. No eran muy numerosos, pero William no conocía ninguno de ellos.

Recordó la última vez que había visitado el monumento. Hacía aproximadamente un par de meses había estado allí, en compañía de Ángela, para realizar un reportaje sobre la dama de la antorcha.

Entonces había hecho amistad con uno de los empleados del monumento. El encargado del despacho de billetes.

Se acercó a la ventanilla y le saludó con una sonrisa.

—¡Buenos días, Steward! ¿Se acuerda de mí?

—¡Claro que sí, señor Widson! —contestó el empleado—. ¿Qué le trae por aquí tan de mañana?

—Temía que no hubieran abierto todavía...

—En verano siempre lo hacemos a las siete y media... Aunque el movimiento de visitantes no empieza hasta las nueve... ¿Va a subir?

—Sí, deme un *ticket* para el mirador de la antorcha...

El periodista hizo una pausa y añadió:

—¿Soy el primero?

Steward le entregó el billete y sonrió.

—Casi, señor Widson... Sólo he despachado tres billetes más... Dos para la antorcha y otro para la cabeza...

«Los de la antorcha son mis hombres», —se dijo William, satisfecho, ya que prefería ser el último en llegar.

Se despidió del empleado, y se acercó a uno de los ascensores. Unos segundos después se abrían las puertas de éste y William se encontró frente al mirador de la antorcha que la estatua mantenía alzada en su mano derecha.

Esperó a que el elevador descendiera y encendió un cigarrillo, protegido tras una columna, avanzó despacio, procurando ver sin ser visto.

El aire a aquella altura —a más de 215 pies desde la base a la antorcha—, era limpio y transparente, muy distinto de la atmósfera cargada de humo de los tubos de escape que se respiraba en las calles.

Salíó al mirador propiamente dicho, desde el que se dominaba todo el puerto neoyorquino, y avanzó lentamente hasta la barandilla. Al hacerlo, distinguió por fin a uno de los dos visitantes de que Steward le había hablado.

Estaba situado a la izquierda, a un par de yardas de donde William se acodó, y parecía ensimismado en el paisaje que se ofrecía a sus ojos.

Era un hombre joven, de aspecto fuerte y corpulento, vestido con ropas deportivas que acusaban aún más su atlética figura. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y no pareció darse cuenta de la llegada del periodista.

William, acodado en la baranda, se preguntó dónde estaría el

segundo de los visitantes que Steward le había nombrado. No parecía haber rastro de él, al menos en la parte de terraza que era visible desde allí.

Miró una vez más al hombre de su izquierda, asegurándose de que era un completo desconocido para él.

—No parece estar esperando a nadie... No creo que sea el que me citó aquí —se dijo en voz baja.

Miró la hora, viendo que eran ya las ocho y diez. Recordaba claramente las palabras del hombre que le había hablado por teléfono. Las ocho había sido la hora fijada para que Raymond Fonda acudiera a entregar los diamantes.

Se separó de la baranda y se dirigió hacia el lado derecho de la antorcha, que debido a la forma circular de ésta no era visible desde donde se encontraba.

Apenas había dado media docena de pasos, cuando se detuvo, paralizado por la sorpresa y el desconcierto. Unas palabras ahogadas asomaron a sus labios.

—¿Cómo no recordé su voz? Tenía que ser él...

El hombre que había provocado en William esta sensación de asombro, se hallaba de espaldas al periodista. Un traje impecable, ajustado a su delgado cuerpo como un guante, y sus cabellos, escasos y placados, peinados con esmero, era todo lo que W. W. podía ver desde donde se encontraba.

Pero era suficiente. No podía haber ninguna duda sobre la identidad de aquel hombre que, traspassada ya a difícil frontera de los cincuenta, se mantenía pleno de forma y atractivo.

William comprendió que se hallaba a punto de dar con la clave del misterio que había rodeado el robo de los diecisiete diamantes rosas que, desde hacía tres generaciones, pertenecían a la familia Libar di.

También se dio cuenta que se hallaba en una situación peligrosa. Si lo que empezaba a sospechar era cierto, el hombre que fumaba tranquilamente un cigarrillo de boquilla dorada, apoyado indolentemente en la baranda, haría lo imposible por defender su seguridad.

William avanzó con sigilo hasta situarse junto a él. Sólo entonces, procurando que su voz sonara natural, dijo.

—Buenos días, príncipe...

Alfonso Libardi giró lentamente hacia el periodista Si hubiera quedado citado con él, su gesto no habría si de más natural ni su sonrisa más tranquila.

Sin embargo, William habría jurado que una luz de inquietud apareció durante una fracción de segundo en sus lánguidos ojos negros.

Su voz sonó igual a como lo había hecho hacía sólo una hora a través del hilo telefónico.

—Es curioso que, a pesar de lo enorme que es su ciudad, señor Widson, nos encontremos de nuevo en un sitio como éste... ¿Visita de placer o de trabajo?

El periodista se asombró de la sangre fría de que daba muestras su interlocutor. Con una sonrisa, respondió a su pregunta.

—Podríamos decir que de trabajo, pero no de la clase de «trabajo» que habitualmente me ocupa...

Por primera vez los ojos de Alfonso Libardi parecieron mirarle con interés. Sin duda, sus palabras le habían intrigado.

Sin dar tiempo a que el príncipe hablara, William preguntó a su vez:

—¿Acostumbra a venir muy a menudo por aquí? Creí que un hombre como usted no frecuentaría los itinerarios de los turistas vulgares...

—Se equivoca, señor Widson... Siempre me ha gustado contemplar los sitios desde lo alto... Me es igual que sea Nueva York o que se trate de Nápoles o París.

Hubo unos segundos de silencio entre ambos hombres. Era como si cada uno estuviera midiendo sus fuerzas y preparándose para el siguiente asalto.

Por fin, fue Alfonso Libardi quien rompió aquel mutismo.

—¿Sería muy indiscreto preguntarle la clase de trabajo que le ha traído hasta aquí...? —habló con una sonrisa.

William se dijo que había llegado el momento de empezar a jugar fuerte. Cuanto antes pusiera sus cartas boca arriba, antes obligaría a Libardi a descubrir su juego.

Aceptó el cigarrillo que el italiano le ofrecía y, después de exhalar una bocanada de humo azul y aromático, dijo:

—Sería indiscreto decírselo a cualquier otra persona que no fuera usted, príncipe... Pero en su caso es distinto...

Dejó la frase sin terminar, esperando a que Libardi intentara averiguar algo más. No tuvo que esperar mucho tiempo.

—Le agradezco la muestra de confianza... ¿De qué se trata? —preguntó éste al fin.

—Un amigo me ha dado un encargo muy especial... Estaba citado con su socio a las ocho, en este mismo sitio, pero a última hora le ha sido imposible venir...

Los ojos de Libardi se entrecerraron como si quisiera ocultar al periodista lo que se pintaba en ellos. Luego, muy despacio, dijo:

—Su amigo debe de confiar mucho en usted, para encargarle esa misión... ¿Cómo conocerá a quién debe entregar el encargo?

—Mi amigo se ha preocupado de decírmelo...

William hizo una pausa y añadió:

—Por eso me he dirigido a usted...

Esperó a ver la reacción de su interlocutor. Pero éste debía tener los nervios de acero.

—Ya le he dicho antes que mi visita a este lugar era simplemente turística... No espero a nadie...

—¿Tampoco espera «nada»? —preguntó intencionadamente William, marcando con énfasis la última de sus palabras.

—Todos esperamos algo... —le contestó lacónicamente Alfonso Libardi—. Yo no iba a ser una excepción...

—Creo que estamos hablando ambos demasiado... —replicó W. W., decidido a acelerar los acontecimientos—. Me envía Raymond Fonda...

—No conozco de nada a ese hombre... ¡Debe estar usted equivocado! —negó el príncipe.

—Estoy seguro que no... Claro que, si no conoce de nada a Fonda, lo mejor será que me vaya con el paquete...

Hizo intención de alejarse hacia los ascensores, pero la voz de Libardi le detuvo:

—Está bien... Deme lo que sea y terminemos de una vez... Raymond jamás me había mencionado que trabajara con usted... —comentó con fastidio Libardi.

Había llegado el momento de la verdad. Pero había conseguido arrancar al aristócrata italiano su relación con el pandillero.

—Le he dicho que me entregue de una vez el paquete... —Se impacientó ahora él, hasta entonces, tranquilo Libardi.

Fue en ese momento cuando William vio por el rabillo del ojo como se aproximaba a ellos el tipo atlético que había visto al llegar.

Quiso volverse, pero al hacerlo se encontró con un pequeño revólver negro que le apuntaba directamente al corazón. Antes de que dijera nada, la voz de Libardi sonó tras él:

—Deme las piedras de una vez... Fonda ha sido listo y no ha querido venir él en persona... Lo siento por usted, señor Widson... Pero pienso llevar adelante mis planes...

—¿Es mucho preguntar en qué consisten?

—No... Aunque este final se lo tenía reservado a su amigo, me es igual que sea usted quien lo disfrute... Tan pronto como tenga los diamantes en mi poder, Aldo le invitará a saltar al vacío... Un vuelo desde esta altura debe ser algo sugestivo... ¿No le parece?

A William no se lo parecía en absoluto. Y mucho menos, ahora que sabía la falsa tramoya montada en torno al robo de los diamantes.

Estaba claro que lo único que el aventurero aristócrata había querido era fingir el robo de sus piedras y estafar así a las compañías aseguradoras.

Elevó el pie inesperadamente hasta golpear con él la muñeca del fornido Aldo. El revólver salió despedido de la mano del italiano y el periodista aprovechó aquel momento para golpearle con fuerza en la mandíbula.

—¡Presto, Aldo! ¡Presto! —gritó Libardi, animando a su hombre a terminar rápidamente con la inesperada resistencia de W. W.

El grito de aliento de su jefe, pareció dar bríos al italiano. Se abalanzó contra su agresor, golpeando a William en el cuerpo con una rápida serie de ganchos bien dirigidos.

Sus puños eran como mazazos en el quebrantado cuerpo del periodista. Sin embargo, éste sabía demasiado bien lo que se jugaba en aquella lucha y sacó fuerzas de flaqueza.

Retrocedió unos pasos, cubriéndose el rostro con los antebrazos y esperando a que Aldo descuidara la guardia. En el momento que éste lo hizo, William lanzó con todas sus fuerzas el puño derecho, estrellándose contra la nariz de su enemigo.

El brutal golpe pareció atontar durante unos segundos al italiano. W. W. aprovechó desesperadamente esta imperceptible ventaja, lanzándose contra su enemigo.

Sin embargo, a pesar de golpear a éste con toda la potencia de que sus cansados músculos eran capaces, no perdía de vista a Libardi, seguro de que éste estaría al acecho de la menor ocasión para acabar con él.

Su instinto no le había engañado. Una de las miradas que dirigió hacia el príncipe, le permitió ver que éste empuñaba una pequeña pistola, de cachas nacaradas en su alargada mano.

Alfonso Libardi seguía con ojos brillantes el continuo movimiento de los dos luchadores. Sin duda esperaba la primera ocasión propicia para disparar contra William sin miedo a herir a su hombre.

Los dos luchadores rodaron por el suelo, agarrados mutuamente. Constantemente cambiaban de posición, y tan pronto era uno como otro quién estaba sobre su enemigo.

—No te va a ser tan fácil hacerme volar... —dijo William, en el momento de golpear la cabeza de Aldo contra el duro suelo del mirador.

Pero un rodillazo de éste en pleno vientre, le hizo salir despedido contra la barandilla. Un movimiento instintivo le libró de la primera bala que Alfonso Libardi le disparó.

William se dejó rodar sobre su costado para evitar el segundo de los proyectiles. En aquel momento. Aldo sin comprender que con ello obstruía la intención de su jefe, se lanzó de nuevo sobre el periodista.

W. W. le agarró del cuello y ambos se pusieron en pie al mismo tiempo. El americano tenía el borde de la barandilla clavado en los riñones y el vacío a sus espaldas.

Aldo comprendió que si conseguía que el peso de la mitad superior del cuerpo de su enemigo venciera a éste, la lucha habría terminado. Por eso, puso todo su empeño en impulsar a William hacia el vacío.

Su gran mano oprimía salvajemente el rostro del periodista, que sentía los dedos del italiano hundirse en sus ojos, mientras notaba como, pulgada a pulgada, se hallaba cada vez más cerca de precipitarse desde aquella mortal altura, contra el basamento de la estatua.

Uno de sus pies se elevó en el aire, perdiendo contacto con el suelo del mirador. Ahora la barandilla se encontraba a la altura de

medio muslo. El vacío parecía tirar de él con más fuerza.

Entonces, en el silencio de la terraza, se escuchó tajante la voz de Alfonso Libardi.

—¡Quieto, Aldo! Aún tiene las piedras...

Pero el italiano estaba ciego y no prestó atención a las palabras de su jefe. William, con la barandilla contra sus corvas, dejó de pisar el suelo del mirador.

Entonces resonó una detonación y el fornido italiano se encogió sobre sí mismo, herido de muerte. William se aferró al cadáver, luchando por mantener el equilibrio y evitar la caída que le hubiera costado la muerte.

Sudoroso y pálido aún por la impresión, pero con ambos pies apoyados en el suelo, contempló a Alfonso Libardi.

El príncipe italiano sonrió con la pistola, aún humeante, en su mano derecha.

—Primero me entregará los diamantes... Luego hará compañía a ese estúpido... —habló con lentitud.

CAPÍTULO XI

Un reactor sobrevoló en aquel momento la ciudad. William pensó que aquel sonido sería el último que iba a escuchar antes de morir.

A Libardi le daba igual matarle antes o después de entregarle los diamantes. De cualquier forma, el italiano acabaría apretando el gatillo y metiéndole una bala en el corazón.

—Si quiere los diamantes tendrá que venir usted mismo a por ellos... —replicó, sabiendo lo mucho que se estaba jugando.

—No sé si es usted un estúpido o un inconsciente... Le doy tres segundos para que me entregue esas piedras... De lo contrario, dispararé sobre usted y se las cogeré yo mismo... Uno, dos... —empezó a contar Libardi.

William miró desesperado a su alrededor. Un segundo después el dedo del aventurero italiano se combaría sobre el gatillo y la muerte habría llegado para él.

Sin embargo, estaba demasiado lejos para intentar cualquier movimiento de defensa. Además, ya era demasiado tarde.

La voz de Alfonso Libardi volvió a tomar el hilo de los segundos.

—Tres...

El cañón del arma se elevó imperceptiblemente hasta quedar frente al corazón del periodista. El dedo de Libardi inició el movimiento decisivo.

En aquel instante, sonaron dos detonaciones superpuestas.

William se arrojó al suelo para evitar la trayectoria del proyectil asesino, mientras contemplaba asombrado, como Libardi profería un grito de dolor y su brazo derecho caía inerte a lo largo de su cuerpo.

Los dos hombres miraron hacia la puerta que daba a los ascensores. Con una «Luger» en la mano derecha, un hombre de cabellos canosos, les miraba con gesto amenazador.

—¡No hagan un solo movimiento! No quisiera tener que disparar de nuevo...

Luego se volvió y ordenó a alguien que había tras él:

—¡Ponganles las esposas...! ¡Avisen a una ambulancia! —añadió, fijando la vista en el cuerpo inerte de Aldo.

—Esto se llama llegar a tiempo... —comentó William, dirigiéndose al policía. Si tarda un segundo más, en lugar de uno, sus hombres habrían tenido que llevarse dos cadáveres...

Un agente llegó para esposarle. William se volvió al policía que había intervenido en primer lugar y le dijo:

—¿Por qué me pone las esposas? No tengo nada que ver con ese individuo...

—No opino yo lo mismo, señor Fonda... —contestó el policía, haciendo una seña a su hombre para que cumpliera su misión.

El chasquido metálico de las esposas, resonó en el cerebro de William junto con las palabras del policía.

Alfonso Libardi no había sido esposado. Su hombro seguía sangrando abundantemente y el italiano se encontraba muy pálido. Uno de los agentes le tomó del brazo sano y le obligó a caminar hacia los elevadores.

W. W. esposado, caminaba tras él, entre un par de agentes. El inspector cerraba la marcha.

Descendieron en silencio del mirador de la antorcha. Abajo les esperaban un par de coches patrulla.

—Está cometiendo un error conmigo, inspector... Soy periodista y puedo demostrarle mi identidad... —empezó a decir William, una vez dentro del automóvil.

—De todas formas tendrá que explicarme su presencia en este lugar... —dijo el sabueso, sin creer una palabra de lo que decía el detenido.

William comprendió que de momento sería inútil intentar convencer a aquel hombre de su inocencia y de las extrañas circunstancias que le habían conducido a la equívoca situación en que ahora se encontraba.

«En cuanto llegue a la jefatura pediré que avisen a Fuller. Él me sacará de este atolladero», pensó, mientras el coche avanzaba a través de las calles de la ciudad.

Cuando los coches se detuvieron ante el edificio de la jefatura,

los dos detenidos fueron obligados a descender de los coches y a entrar en él.

—Quisiera que avisaran al teniente Fuller, de la Brigada de Estupefacientes. El aclarará todo esto... —pidió William.

El inspector parecía dudar ante sus palabras. Sin embargo, descolgó el teléfono y dijo:

—Comuníqueme con el Departamento de Drogas... Teniente Sam Fuller.

William respiró aliviado cuando vio abrirse la puerta y aparecer en ella la familiar silueta de Fuller.

—¿Desde cuándo te dedicas a esposar a un futuro premio Pulitzer? —bromeó Fuller, estrechando la mano del inspector Dolya, el que le unía una gran amistad.

—¿Así que es cierto lo que me ha dicho este hombre? Me ha repetido una docena de veces que era amigo tuyo y que respondías por él... —repuso Dolya.

—Menos mal que has llegado —comentó William—. Ya me veía encerrado en una de vuestras celdas.

—Vamos, Dolya. Di a tus hombres que le quiten las esposas... —pidió Fuller. Luego añadió—: Ahora te explicaré todo lo relacionado con este asunto...

En cuanto William quedó libre de las esposas, Dolya les hizo pasar a su despacho privado. Libardi, entre tanto, había pasado a recibir asistencia médica.

Cuando los tres hombres se hallaron en el despacho del inspector, Fuller, dirigiéndose al periodista, dijo:

—Hice lo que me dijiste... Los sorprendimos en el interior del garaje de tu casa. Al llegar cogimos a uno, pero los otros dos intentaron escapar...

—¿Los cogisteis? —preguntó William interrumpiéndole.

—Sí, pero después de perseguirlos por media ciudad. Se estrellaron con el coche a la salida del Williamsburg Bridge. Uno de ellos resultó muerto en el acto y el otro malherido.

—¿Quién era el muerto?

—Tuvimos suerte... El jefe del grupo, un tal Raymond Fonda, sólo resultó herido. Afortunadamente de menos importancia de lo que temimos en un principio. He estado hablando con él antes de que me avisaras.

La mención de aquel nombre hizo que Dolya, silencioso hasta entonces, tomara parte en la conversación.

—¿Raymond Fonda? Ése es el hombre con el que tenía que entrevistarse Libardi esta mañana en la Estatua de la Libertad. ¿Por qué le buscabas? —preguntó el inspector a su compañero.

—Creo que, sin saberlo, estábamos trabajando los dos en lo mismo, Dolya. Tú estabas encargado del robo de los diamantes del príncipe Libardi, ¿verdad?

—Sí, y hace media hora he puesto casi punto final a ese caso... Hacía días que sospechábamos que el robo hubiera sido fingido y el propio Libardi hubiera preparado todo para estafar a las compañía de seguros y cobrar las primas por el robo de sus famosos diamantes... —explicó Dolya.

—No se equivocó, inspector... —replicó William—. Ese Fonda con el que me confundió, fue el autor material del robo que Libardi mismo preparó y planeó.

—Fonda lo ha confesado todo hace un rato... —intervino Fuller—. A finales del invierno pasado, el propio Libardi se puso en comunicación con él y le ofreció una fuerte cantidad de dinero si accedía a robarle sus propias joyas... Sólo le puso la condición de que todos los que intervinieran en el robo habrían de creer que éste era verdadero y que las joyas iban a ser vendidas a un comerciante holandés dedicado a los diamantes.

—Con lo que no contaron ninguno de los dos hombres fue con la inesperada traición de uno de los componentes del grupo... —comentó William.

Sam Fuller continuó hablando.

—El plan inicial era que, una vez realizado el robo, Raymond Fonda devolviera los diamantes rosas a su verdadero dueño, a cambio del dinero convenido de antemano.

—Desde luego, el plan de Libardi era casi perfecto... Y sin duda alguna un fabuloso negocio... Las piedras estaban aseguradas en más de dos millones de dólares... —comentó Dolya.

—Todo fue muy bien hasta que las piedras desaparecieron de la caja fuerte en que Fonda las había guardado en espera del momento de entregárselas de nuevo a su verdadero propietario. Fue entonces, cuando las cosas se complicaron para él.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó interesado Dolya, para

quien aquella parte del asunto era desconocido.

—Uno de los hombres de Fonda concibió la idea de apropiarse de los diamantes. Pensaba disfrutarlos con su «chica», que era la que en realidad había planeado la forma en que debía robárselos a sus compañeros de fechorías... Pero el pobre hombre fue solo una víctima de la ambición de la mujer.

—¿Por qué?

—En cuanto consiguió los diamantes, ella se apresuró a pegarle un golpe en la cabeza y arrojarle desde más de sesenta pies de altura en el interior de su propio automóvil... Por lo visto, debió pensar que era una lástima tener que compartir los diamantes con otra persona... —siguió explicando Fuller a sus atentos oyentes.

—Fue entonces cuando yo la recogí en la carretera veintidós... Pero no imaginé que llevara semejante fortuna encima; mucho menos, que acabara de cargarse a su «amigo»... —comentó William, recordando su primer encuentro con la rubia Mónica.

—Lo que aun no entiendo, ¿es por qué te metiste tú en esto...? —preguntó Dolya a su compañero—. ¿Qué tenéis que ver los de Drogas con todo este asunto?

—En principio nada... Sólo que Morton, el tipo que asesinó la chica, estaba fichado como miembro activo de un grupo que se dedicaba a los narcóticos. Precisamente el mismo que regentaba Raymond Fonda, hasta que, sin saber los motivos, desapareció del mercado de las drogas.

—Sin duda, al recibir la oferta de Libardi, pensaría que era más productivo y menos expuesto simular el robo que continuar con el tráfico de estupefacientes... —comentó el periodista.

—Ahora tendrás que explicarme tu desaparición... El departamento de Homicidios te está buscando para que justifiques tú presencia en el apartamento de una pelirroja, donde ha aparecido un hombre muerto —le pidió Fuller.

—Tienes razón... Han sucedido tantas cosas en las últimas doce horas que no sé por dónde empezar —habló William—. Todo comenzó cuando te dejé a ti en el apartamento de la bailarina, poco después del mediodía... Al llegar a la calle mi automóvil, o mejor, el automóvil que había utilizado para llegar hasta allí y que pertenecía a un compañero de la redacción, ya que el mío se había estropeado aquella misma mañana, había desaparecido.

—Small ya me habló de ello. Estuve anoche en tu redacción y me comentó que te habían robado su coche —intervino Fuller.

W. W. continuó narrando con voz firme la cadena de acontecimientos que se había visto inmenso a partir de su encuentro con la despampanante pelirroja.

—Eso te enseñará a no ser don Juan... —ironizó su amigo.

El periodista no le hizo caso y les contó la fabulosa pelea que había mantenido en el apartamento de la chica y su posterior traslado al almacén en donde Fonda le había exigido la entrega de los diamantes.

—Mónica se lo jugó todo a una carta. Cuando habló con los dos hombres de Raymond Fonda aquella noche en «El Trocadero», se asustó y pensó que los diamantes estarían más seguros escondidos en cualquier lugar que llevándolos ella encima.

El inspector Dolya, que ya empezaba a ver claro en aquel asunto, intervino entonces:

—Y aprovechó la primera ocasión que se la presentó para esconderlos en el interior de su automóvil, ¿me equivoco, señor Widson?

—Exacto, inspector... Aquella noche la llevé a su casa y en el trayecto deslizó una pitillera, conteniendo los diecisiete diamantes, entre el asiento y el respaldo de mi automóvil.

—Ahora está todo bien claro —exclamó Fuller—. Fonda mandó a sus hombres a por la chica. Luego, la darían un «repaso» obligándole a confesar dónde tenía las piedras... Por eso, a la mañana siguiente, robaron el que creían que era tu automóvil... —resumió Sam Fuller.

—Pero, entonces, ¿dónde están ahora esas piedras? —preguntó de improviso Dolya.

William sonrió divertido.

—Eso es lo más curioso de todo este asunto... Desde hace casi cuarenta y ocho horas, están en plena calle veintidós, en el interior de mi coche a disposición de quién se hubiera tomado la molestia de meter la mano entre el asiento delantero y el respaldo... ¡Casi tres millones de dólares en plena calle!

—¡Hay que ir inmediatamente a por ellos! —urgió Dolya, para quien el asunto de los diamantes de Alfonso Libardi empezaba a convertirse en una pesadilla.

El teléfono sonó en aquel momento. El inspector Dolya contestó a la llamada. Escuchó unos segundos y, alargándoselo a Fuller, dijo:

—Es para ti.

Éste tomó el aparato en su mano.

—Sí, soy yo... ¿Quién es?

Guardó silencio y volvió la vista William. Sonrió divertido y dijo:

—Por fin ha aparecido... Sí, sano y salvo... Te le entregaré en cuanto vengas a por él... ¡Hasta luego!

El inspector y W. W. le miraron como esperando alguna explicación a sus palabras. Pero Fuller colgó el aparato y no pareció dispuesto a soltar prenda.

—¿Quién era, Sam? —preguntó al fin William.

—Ya te enterarás a su debido tiempo, Willy... Tienes fama de periodista sagaz, pero eres el tipo más ciego que conozco.

William parpadeó sorprendido ante el insólito comentario de su amigo. Sin embargo, las palabras de éste, dirigidas ahora a Dolya, le impidieron pedir explicaciones.

—Ya hemos contado nuestra intervención en este asunto William y yo. Ahora podías explicarnos cómo llegaste a sospechar de Libardi y supiste que se entrevistaría hoy con Fonda en la Estatua de la Libertad.

Dolya encendió un cigarrillo y, tras expulsar con fuerza la primera bocanada, empezó a hablar:

—Desde el momento de cometerse el robo, había una serie de puntos que quedaban poco claros. No sé si recordaréis que los diamantes fueron sustituidos por unos falsos durante la exposición que Libardi ofreció de las joyas de su familia en uno de los salones de la galería Condor.

—En efecto, para haber sido realizada sin la colaboración de alguien de la casa, la operación fue demasiado limpia y perfecta.

—Por eso comenzamos a vigilar al príncipe y a sus dos secretarios. Pronto comprobamos que Libardi estaba arruinado y lleno de deudas. Eso nos hizo pensar que todo podía haber sido un truco para cobrar el seguro, sin perder los diamantes.

—Pero ¿cómo supieron su cita con Raymond Fonda? —insistió William.

—Hace días que le teníamos sometido a una estrecha vigilancia.

Hasta tal punto que, de acuerdo con la dirección del Waldorf, nos decidimos a utilizar un método muy de nuestros compañeros del Servicio de Contraespionaje...

—¿Y fue?

—Colocamos una serie de pequeños micrófonos por su habitación, y grabamos todo lo que allí se hablaba. Creo que su entrevista con Libardi, señor Widson, está registrada en una de las cintas —comentó Dolya.

—Eso explica su providencial presencia en la antorcha...

—Sí, tan pronto como me informaron de la conversación telefónica que Libardi había mantenido con un tal Raymond Fonda, decidí que era el momento de atrapar a ambos y recuperar las piedras... Lo que entonces no sabía era que el verdadero Fonda se las estaba viendo contigo... —comentó con Fuller.

—¡Antes de que se me olvide! Tendrán que mandar a por la bailarina y uno de los hombres de Fonda... Los dejé bien atados en el almacén al que me condujeron... —recordó de improviso William.

El inspector Dolya se puso en pie.

—Diré a mis hombres que vayan a por ellos... Nosotros iremos entretanto a por los diamantes. ¿Vendrá con nosotros, señor Widson?

Éste asintió, mientras un agente, abriendo la puerta del despacho, decía a Fuller:

—Ahí fuera hay una mujer que pregunta por usted, teniente.

EPÍLOGO

Al salir del despacho del inspector Dolya, W. W. parpadeó sorprendido, ante la inesperada presencia en aquel lugar de Ángela.

Sin embargo, su voz sonó jubilosa al exclamar:

—¡Ángela! ¿Qué haces aquí...?

Antes de que la muchacha pudiera responder, fue Fuller quien lo hizo.

—No vayas a pensar que la ha mandado el director a realizar un reportaje.

William se volvió a su amigo y preguntó:

—¿Cómo lo sabes? Entonces, ¿qué diablos hace aquí?

Sam Fuller, que conocía los sentimientos que Ángela albergaba hacia Willy, dijo medio enfadado:

—En primer lugar lo sé porque hace menos de un cuarto de hora he hablado con ella por teléfono y la he mandado venir aquí para que se hiciera cargo de ti...

Ángela le escuchaba sonriente.

—Y en segundo lugar, porque desde que anoche la hablé de los líos en que te habías metido, me ha llamado más de una docena de veces para saber si habías aparecido y estabas bien. ¿Empiezas a entender ahora?

Las últimas frases de Fuller hicieron que Ángela desviara la vista de William y enrojeciera levemente.

Afortunadamente para ella, Dolya se reunió con ellos en aquel momento, después de haber dado las instrucciones pertinentes para que Mónica y Martin fueran recogidos y trasladados a la jefatura.

—Podemos irnos... —dijo, encaminándose hacia la calle.

—La señorita vendrá con nosotros —dijo Fuller a su compañero.

—¿Es periodista? —preguntó éste, arrugando el entrecejo.

—Sí, pero ahora no la guía un interés profesional. Puedes estar tranquilo, ¿verdad, Ángela?

El bello rostro de la muchacha se arrugó en un mohín pícaro. Su naricilla respingona pareció dilatarse de contento.

—Descuide, inspector. Le prometo no usar mis cámaras mientras usted no lo autorice... —dijo Ángela.

Los cuatro subieron en el automóvil del inspector, colocándose éste al volante. Unos segundos después, avanzaban raudos camino de la calle 22.

—Estoy impaciente por contemplar de cerca esos famosos diamantes. Después de los disgustos que me han dado, tengo ganas de echármelos a la cara... —comentó William.

Sam Fuller le corrigió inmediatamente.

—Creo que eres injusto con esas piedras, muchacho. Lo que ha puesto tu pellejo en peligro no han sido los diamantes de Libardi, sino una rubia y una pelirroja.

—¡Vete al diablo!

—No es difícil darse cuenta que esos tonos no te van.

La voz de Ángela sonó alegre en el interior del automóvil.

—¿Verdad que debería probar ahora con una morena, teniente?

La pregunta pretendidamente ingenua de la bella reporter, obligó a William a volver los ojos hacia ella.

—Esto parece una conspiración para acabar con mi hermoso celibato... —se quejó amargamente.

—Créeme que lo hago por tu bien, muchacho —replicó Fuller. Si sigues soltero por el mundo como hasta ahora, cualquier día te encuentran sin sangre, chupado por una de esas vampiresas. ¡Te conviene casarte!

—Yo soy de su misma opinión... —apostilló Ángela, agradeciendo a Fuller la ayuda que la estaba prestando.

—Ya estamos llegando... —anunció Dolya de repente, abriendo la boca por primera vez desde que habían salido de la jefatura.

—¡Gracias a Dios...! —exclamó William—. Si tardamos un poco más, esta gente me lleva directamente ante el juez de paz.

Pronto divisaron el «Buick» rojo del periodista. Estaba en el mismo sitio donde éste le había dejado aparcado hacía dos días, cuando el motor se había negado a seguir andando.

—¡Ahí está! ¡Parece mentira que dentro tengo casi tres millones de dólares...! —exclamó. William, contemplando su coche con mirada admirativa.

Dolya frenó inmediatamente delante del «Buick». Los cuatro descendieron y esperaron impacientes a que W. W. abriera la portezuela.

El periodista fue el primero en meterse en su coche. Alargó nervioso la mano hacia el asiento y la introdujo entre éste y el respaldo.

—¿Lo encuentra? —preguntó Dolya impaciente.

Iba a contestar, cuando sintió que sus dedos tropezaron con algo duro.

—Ya lo tengo... Debe ser esto... —contestó, sacando la mano de la juntura de la tapicería.

Salió del coche y les mostró una pitillera de concha. Dolya la cogió en sus manos, abriéndola con movimientos expertos. Sacó una docena de cigarrillos y la revisó cuidadosamente.

—¿Están ahí dentro? —preguntó Fuller.

Por fin, los dedos de Dolya parecieron encontrar lo que buscaban. En el interior de la petaca, en el fondo a la izquierda, había un diminuto saliente.

Con la punta del bolígrafo lo oprimió y entonces, la pitillera les mostró su doble fondo. Poco después, el inspector, tenía en la palma de su mano los diecisiete diamantes rosas.

—¡Son maravillosos! —exclamó Ángela extasiada.

—Sí, son lo más hermoso que he contemplado en mi vida... —asintió el teniente Fuller.

Los cuatro estaban en la acera de la calle 22, contemplando admirados las pequeñas piedras que el inspector Dolya tenía en su mano.

A su alrededor, presurosos e indiferentes, pasaban los viandantes sin sospechar que lo hacían junto a una de las colecciones de diamantes más famosas del mundo.

—Bien, el caso Libardi está cerrado. En cuanto deposite los diamantes en la jefatura, habrá terminado... —anunció el inspector Dolya.

Las piedras a salvo y los culpables encerrados para responder ante la justicia. Todo había terminado.

—Te acompaño... —dijo Fuller a su compañero, dirigiéndose con él hacia el automóvil del inspector.

Antes de montar se volvió a la pareja que formaban Ángela y

William. Les hizo una seña con la mano, despidiéndose de ellos y dijo:

—Espero la invitación de boda... No le permitas escapar, Ángela... Ya ves que no se le puede dejar solo.

Los dos periodistas le hicieron una seña de despedida y esperaron a que el coche que llevaba a los dos sabuesos y los diecisiete diamantes se perdiera en el tráfico de la calle 22.

Entonces, William se volvió a la muchacha y, fijando la vista en su largo cabello negro, preguntó con inocencia.

—Cuando dijiste antes que me convenía una mujer morena, ¿lo hiciste pensando en alguna en particular? ¿O sólo fue un comentario?

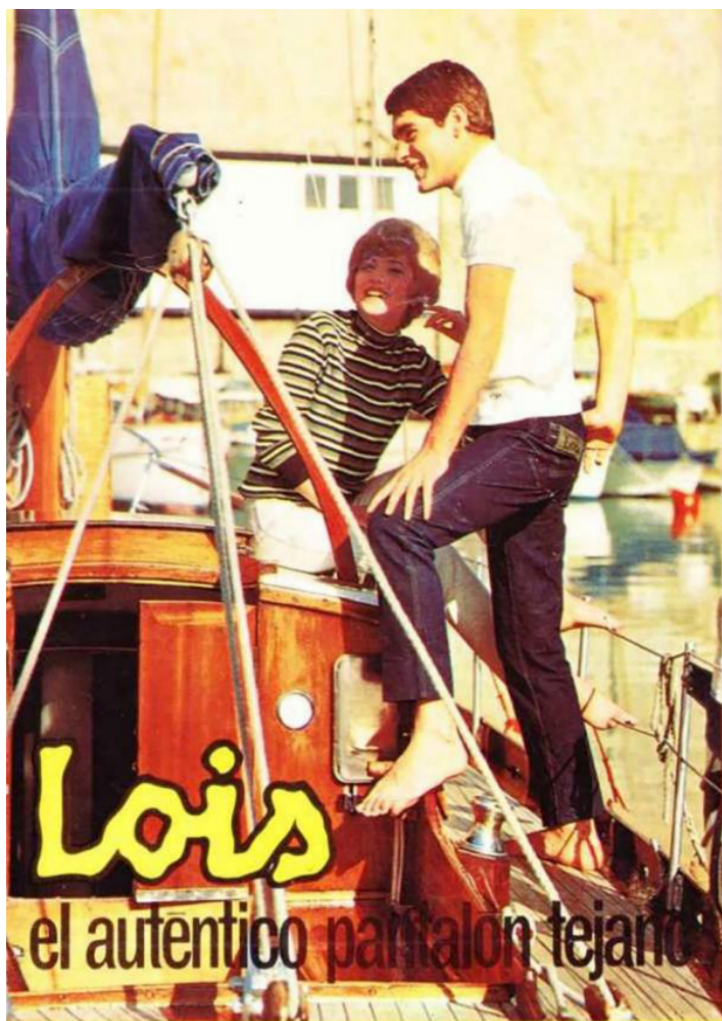
Ángela enrojeció levemente y arrugó su naricilla. Se cogió de su brazo y murmuró:

—Eres el hombre más odioso que conozco. Eso tendrás que averiguarlo por ti mismo. ¡No pienso decirte una palabra más!

Los dos sonrieron felices. La aventura de los diamantes quedaba atrás. William había sacado de ella un puñado de magulladuras y golpes y, sobre todo, algo mucho más importante.

El amor de una mujer que, como Ángela, reunía todas las condiciones para ser su compañera ideal.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

